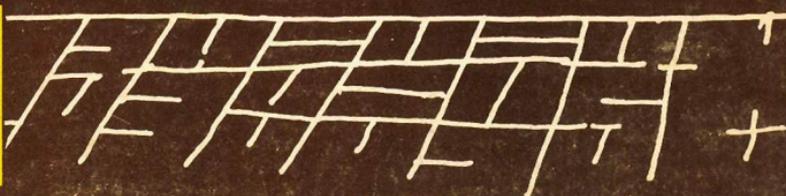
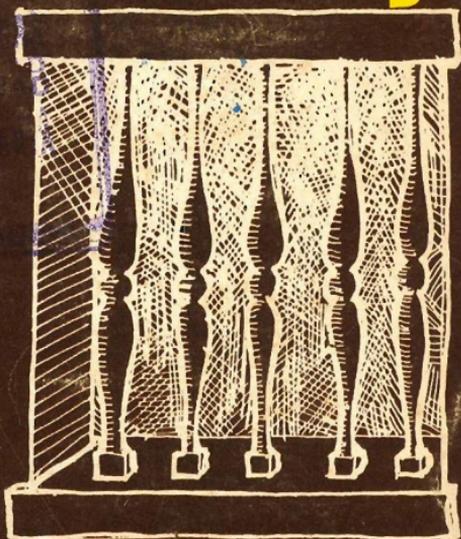


C.R.  
863.6  
N 218 In  
C.E.

en Naranja

hoy  
es un  
largo día



Summit

475

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS  
REGISTRO DE LA PROPIEDAD  
CIENTIFICA, ARTISTICA Y LITERARIA  
SAN JOSE, COSTA RICA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS PUBLICAS  
REGISTRO DE LA PROPIEDAD  
CIENTIFICA, ARTISTICA Y LITERARIA

Inscrito al Tomo: III  
Folio: 384  
Nº: 1-369  
Fecha: 22 de marzo de 1980

Registrador General

HOY ES UN LARGO DIA

Premio Editorial Costa Rica

CARMEN NARANJO

HOY ES UN LARGO DIA



EDITORIAL COSTA RICA

SAN JOSE, 1974



01

C.R.  
863.6  
N 218h  
ICE

45998  
424292  
11 OCT. 1985



Impreso en Costa Rica

Hecho el depósito de Ley

## HOY ES UN LARGO DIA

Don Pedro de la Cuenca y de la Torre llega tarde a su cita. Había oscurecido con esa oscuridad prematura que encierra en casi espejismos las sombras largas de lo real y el crecimiento mágico de lo que podría ser, con árboles que asemejan monjes, monjes que parecen catedrales y ruidos de ramas que siguen siendo ramas sonrientes en su víspera de sombra. Don Pedro tiene un pretexto muy bueno para la tardanza, pero era uno de esos pretextos que los caballeros no dicen, aunque el olor de aguas y rosas y aquel sonido de fustanes, hinchó sin querer el labio del bigote que baja por el lado izquierdo de su boca redonda y espesa. La doña Leonor era golosa, lástima que fuera ajena y regateara con tantos miedos y recatos sus horas de consejos espirituales, so pena de las labores con las damas hace punto de encaje y mira con caridad los males ajenos.

Al entrar al salón, el Concejo del Ayuntamiento está en el punto de pleno, con esa gordura de importancias que se dan las mareas llenas. Dice ya al frente de los cuadros casi caricaturescos de don Fernando y doña Fermina, las buenas tardes usuales, con el tararán de los relojes lentos que marcan atrasadas las horas en el campanario largo de los serenos. A las buenas

tardes, algún cínico mete hormigas en la sal, apunta las noches. Son las seis casi en punto de un verano ardiente, con si Dios lo quiere y la Virgen Santísima lo permite. Con gesto de pantomima en cámara lenta, don Pedro dice que la sesión está abierta y el escribiente leerá el acta manuscrita de la última reunión, un 12 de agosto de un año ya viejo y aburrido. Y luego, con el clásico carraspeo de aquí mi arte, mi inteligencia y mi salario, el señor escribiente desdentado para los adjetivos sibilantes, empieza con el hoy del ayer y el aquí del acá y el dice del dijo.



—Yo te aseguro que si la Leonor me engaña con el Pedro, a los dos los dejo tiesos sin ningún preaviso. ¡Sobra macho y sobra arranque!

La chayotera reposa en el trasero del patio y el poeta está empeñado en el elogio de la hoja, del fruto, de la flor, porque la verdad es que el único material digno de alabanza viene del suelo, que transforma en peces de aire, en pájaros quietos, en vientos de terciopelo, la magia del agua y de la tierra y de quizás alguna cuita...

—La Leonor ha sido buena y yo, de aquí para adentro, dudo que la pobre, tan santa en la casa y en sus deberes, piense en lo que las lenguas dicen y las envidias suponen.

El poeta ve dos piernas largas, adobadas con perejil y el olor de los hornos con las leñas nerviosas bajo el azote del fuego. Es mejor entornar los ojos porque la Leonor, en pleno verano, huele a melocotón del Mediterráneo y a lo mejor José Galindo, sin nociones de geografía y de estaciones, la creía flor de ayote, con despuntes en las primeras lluvias, introducción de un

cansado y bostezante invierno. No señor, la tierra es ancha y lo que se destapa que lo gocen todos o el que pueda. Y además mi compadre, no quiero ser testigo ni testimoniar sobre arranques y arrancadas, que estoy siempre entre los arrancados, sin flores, sin olores de melocotones y sin anuncios de ayote. El poeta siente vergüenza de sus pensamientos y abraza a José Galindo con abrazo de hermano.

\*  
\*\*

Cuando el escribiente llega al acuerdo tercero, tomado unánimemente, don Pedro de la Cuenca y de la Torre pestañea. Fue cansada la jornada y a la dama había que reverenciarla, correr como los perros, olfatearla lentamente y de un pronto no dejar que subyugara y ella fuera la de las iniciativas, ¡qué solemne desprestigio! Seguir con rodeos y sin prisas, detenido en las finuras y después lo que Dios quisiera, aunque era mejor no meter a Dios en esas alcobadas. Y en el pestañeo casi bostezo, distingue a don Hermenegildo, pobre santo varón, tan en la luna de Valencia y esos frutales hermosos en el menguante y en la llena. Pero, don Hermenegildo tiene la mirada fija y el foco no es precisamente aquel tintero de fuente larga y repique de plata que antecede al escribiente. El foco es él, don Pedro de la Cuenca y de la Torre, y la mirada más que fija es fiera. ¡Ay si la vista le alcanzara: podría encontrar sangre empozada en los nervios de los ojos, cada vez más severos y fieros! ¿Qué diablos pasa con don Herme...? No tiene tiempo de acabar la obvia pregunta. Da por leída el acta y después de recorrer las caras de la sala, incluyendo la de los retratos de don Fernando y doña Fermina, y escalofriarse ante los ojos rojos de aquel insolente que insiste en mirarlo, dice con voz de seco golpe: aprobada... léase la orden del día.

Al poeta le gustaba hablar con José. Su conversación era un monólogo confeso que no esperaba respuesta, aunque había que darle en su oportunidad un consejo y saber el momento exacto de afirmar las esperanzas o de corroborar las conclusiones. Buena persona, José, sólo que tenía esa enfermedad de propiedades que padecen tantos. Y lo mío en él tenía tal fuerza, que el poeta empezó a mirar con miedo ciertas cosas, pues a lo mejor eran suyas y entonces habría conflicto. José, de extraña manera, lo incitaba a ver diferente. Algo de orgiaco y de erótico había en sus palabras, así las rosas brillaban y un aspirante pálpito de novedades y de claridades despejaba lo oscuro, lo no advertido antes. La poesía era fácil. Pero, después, en el silencio, en su soledad de cuarto escueto de soltero, con su manía de orden y de cada cosa en su sitio, se volvía de nuevo difícil y lo que lograba escribir no era lo sentido en el momento. Y, ¿por qué no te casás, Gildo? Se lo preguntó un día, José. Un día en que le contó que la Leonor estaba padeciendo de silencios y tristezas y ni aun cuando le dijo, violento y amenazante, después de patear una maceta y regar geranios y tierra por el piso, que qué diablos hacía el Pedro en la esquina y por qué carajos lo miró con burla, la Leonor no respondió, se metió en la cocina y más tarde tenía la cara roja y lavada, a lo mejor había llorado. Pero, Gildo no contestó, tuvo la respuesta lista y no hubo oportunidad, José continuó con ese Pedro que iba a dejar tieso, ojos abiertos, horizontal como una tortuga, para que se pudriera en sus malos pensamientos y dejara de una vez por todas de manosear a la mujer del prójimo, porque si él era el prójimo, ese prójimo sí que no se dejaba con intervenciones malintencionadas, así lo enjaularan para el resto de su vida.

—No me he casado, José, porque me gusta mi soledad y porque no nací para cuidar mujeres. Si llegara otro, se la daría. No soy muy hombre, me asustan las palabras duras y no sé cómo contestar un puñetazo.

\*  
\*\*

En el capítulo de proposiciones, don Hermenegildo pide la palabra y don Pedro, sosteniendo aquellos ojos cada vez más fijos y más rojos, dice con una voz que se recuesta básicamente en las paredes: concedida la palabra al señor de la Vega y Villaplana. Se levanta don Hermenegildo con un gesto rabioso en los puños. Don Pedro siente la bofetada del desafío y oye el por perro y por canalla. ¡Oh mundo en que duran tan poco los placeres!

—Quiero saber en qué forma se va a tasar el café este año. Sé que han andado husmeando en mi hacienda, como si se desconfiara de mis propias declaraciones. ¿Qué vale ahora? ¿La palabra del caballero o el husmeo del rastrero? Señores, para mí esta es una afrenta a mi honor y no estoy dispuesto a tolerarla...

La voz temblorosa de rabia, de caballerosidad herida, los puños apretados y el paso adelante. ¡Bendito Dios, se dice don Pedro, con tamaño tesoro en la casa y preocupado por unas fanegas de café y unas cuantas monedas de mayores impuestos! ¡Oh, Leonor del alma mía, tu honor está immaculado! El tic del bigote se hace una simpática sonrisa, a la que parecen responder don Fernando y doña Fermina.

\*  
\*\*

Gildo González llega a la puerta de José, peinado de raya a un lado, con media botella de loción encima, aquella en inglés que le regaló la vecina para navidad,

y con muchos versos de margaritas y muslos, de pestañas y hormigueos, de labios y tibias azucenas, de pechos y crepúsculos, de muertes en albas frías. Las piernas temblorosas y un vacío en el estómago, lo alejan de la tierra. Ya había, José, con gran diligencia, trasladado su cama, la mesa de noche, el ropero, los doce volúmenes de la enciclopedia y la novela de los amores tristes e imposibles, que releía antes de dormirse para alimentar sus sueños con nostalgias no vividas.

—¿Cómo vas a vivir solo, teniendo un amigo como yo? Lo que pagás aquí, se lo das a la Leonor para sus lujillos y todos contentos.

Lo pensó, claro que lo pensó mucho, pero aquella conversación de José era tan nutritiva para su espíritu, tan estimulante para sus poemas... La soledad es mala compañera y con tacto no habría problemas, él molestaba poco, con su silencio, sus ratos de enciclopedia, su preparación de clases y aquella tarea interminable de exámenes al finalizar los cursos. En las vacaciones se iría lejos, aunque muy grato sería quedarse y ver sin fijarse mucho a la Leonor en su trabajo casero. Dijo que sí y creyó que el José no lo había oído, pues hablaba de la rara enfermedad de la Leonor, cada vez más aislada de todo, más silenciosa, casi triste, hasta en la cama, en donde antes era una gloria porque qué bien monta la Leonor y cómo se deja montar, pero no es cosa de Pedro, ya eso se descartó, ahora que lo conocía mejor con su nombramiento de inspector y le llegaba a revisiones a la pulpería, pudo comprobar que era un caso de mal encarado y nada más. Le gustan todas a ese bandido, pero no es peligroso, mira y no toca.

Cuando la insistencia de convivir cesó, Gildo se sintió enfermo de soledades y de abandonos, el invi-

tado indeseable al festín paradisiaco, y recordó su orfandad de juguetes imaginativos y de voces cariñosas que acortaran los largos días. De pronto José sacudió las tristezas de la Leonor y habló de nuevo con voz segura.

—Serás como un hijo para los dos. Dios no nos ha dado esa dicha y ya vamos para viejos. A lo mejor podés alegrar a la Leonor, me preocupa, hasta pálida se ha puesto y no canta cuando lava. Vos no te has casado, no sé por qué, a lo mejor te entusiasmás al vernos felices.

\*\*

Don Hermenegildo, al finalizar su desahogo, espesa el silencio y las tosecillas nerviosas de quienes indecisos entre el callar o el comentar se limitan a despejar la garganta. Siempre era lo mismo. El Concejo, el soberano concejo, preocupado por el bienestar del pueblo, por el progreso de la ciudad, por las nuevas calles, la cañería y la limpieza, por la escuela de la barriada y por la eterna reconstrucción de la iglesia, acababa en el episodio de lo mío. Don Pedro se levanta ceremonioso, con ese gesto de que le pesa el cuerpo y los apellidos de la Cuenca y de la Torre, tose también y desentumece los dedos de la mano con el ejercicio típico de un aprendiz de piano. Mira directo a don Hermenegildo, con una mirada lastimosa y caritativa de pobre pendejo, esa bellísima doña Leonor debe padecer de muchos largos y desolados fríos en las noches, felizmente no siempre se acuesta con granos de café a su lado. Y, a manera de preámbulo, pregunta al escribiente cuánto había pagado don Hermenegildo en los últimos cinco años por tasas de café. El escribiente, con un aire triunfante de orden y registro caligráfico, saca de la gaveta el libro de tapas negras.

—El año pasado cinco pesos de oro, que cumplió en plazos de dos pesos por semestre y el uno faltante lo debe abonar en estos días. El anterior, cuatro pesos de oro. El trasanterior la misma suma, aun cuando quedó escrita una duda pues el señor de la Vega y Villaplana alegó haber pagado y tener en su poder el recibo, pero el Ayuntamiento no registró el ingreso y el susodicho recibo hasta el momento no se ha presentado...

—¡Protesto! Este asunto está fuera de orden y no viene al caso. He hecho una denuncia.

Don Hermenegildo adquiere los mismos tonos verdes del célebre sombrero a la pedrada que está inmortalizando en la sala el retrato de don Fernando, su difunto bisabuelo, de quien oyó contar que era tan feo como las goteras sobre la cama en una noche de diciembre. ¡Qué fácil forma de matarlo!, piensa don Pedro, con hacer sólo una fogata entre sus cafetales para julio o agosto, pero qué malos pensamientos: doña Leonor estaba perfecta para un rato, a la larga podría resultar fastidiosa con sus uñas puntiagudas en el vaivén de las proximidades.

\*  
\*\*

El comedor de la casa, con su mesa pintada de blanco salvo el ribete rojo y las seis sillas de igual combinación, revela fácilmente la coquetería de la Leonor. Tapetes de croché, flores de miga y cera, cuadritos de bosques y lagos con puntas de paspartú, animalitos y adornos con papel de chocolate, vasos relucientes y azafates de vidrio immaculado. En la parte central, al nivel del aparador, el cuadro de la Santa Cena con ese rumor evidente de la vecindad florentina y ese peso de lujuria renacentista. Más allá, la imagen de la

María Magdalena con su velita encendida. José habla poco en las comidas porque no tiene mucho tiempo, la pulpería necesita el ojo del dueño, igual que la vaca, la hortaliza y la mujer, y con la boca llena cuenta que está apurado, pues a lo mejor llega Pedro y el escaso de su socio le puede enseñar el libro de las matemáticas secretas, esas que sí suman los reales verdaderos, porque Pedro es bien vivo y simpático, a pesar de lo mal encarado, aunque se deja conquistar y le acepta con cierto aire de no quiero la botellita y esas vainas que los hombres de verdad gastan para ser más hombres. No ha sido malo el cambio para Gildo, nada malo, aun cuando sigue flaco y silencioso, muy nervioso. Si se entraba a su cuarto sin tocar la puerta o si se le sorprendía distraído, grita como un niño lleno de miedos. Pero, la Leonor ha recuperado sus gracias, sus risotadas, sus alegrías y sus regodeos en la cama. Canta como nunca.

\*  
\*\*

Don Pedro dice: “Serenidad, señores, no hay razón para levantar las voces.” El capítulo era el mismo, quizás también el meridiano y el paralelo. La iglesia se seguiría reconstruyendo, el parque para niños se haría el año próximo, el empedrado en el futuro. ¡Qué feliz se siente cuando no lo encuentran en su escondite! Saber esconderse es un arte, hoy y mañana, el mundo es una batalla y don Pedro se sentía seguro de sus propios recursos, no para pelear, que pelear es necio, sino para vivir seguro de sí mismo.

—Don Hermenegildo, reciba mis disculpas, no he querido molestarlo. He ordenado la lectura de esas cifras, por puro afán de documentar mi resolución. Confieso que visité su finca, no por desconfianza ni por menosprecio a su caballerosidad. Tengo muy alto, al-

tísimo, concepto de su persona, caballero, hombre de bien con valiosos quilates morales. Quise darme cuenta del justo valor de las tasas y encontré, mi bien preciado señor de la Vega y Villaplana, que ha venido pagando en exceso. Este año, en consecuencia, estará exento de tasa alguna. ¡He dicho!

El escribiente afirma con la cabeza y don Pedro da por terminada la reunión, mientras un sereno gangoso anuncia las ocho en punto, alabado sea el Señor.

José Galindo sigue con sus monólogos, será niña, será niño, tendrá mis ojos, se parecerá al abuelo que era medio indio, y Gildo González pierde la inspiración, afirma que no será poeta, para qué, la vida es poesía, vivir es lo que vale, lo demás sobra. Del muslo como rosa, se queda con el muslo como muslo.

Don Hermenegildo, bajo la luz de un candil, ya con los ojos suaves y tranquilos, da un apretón de manos a don Pedro: "Es usted un hombre entero y un caballero a cabalidad. Me honra ser su amigo. Gracias por todo."

Doña Leonor y la Leonor sonríen en el mismo espejo.

## EL VIAJE Y LOS VIAJES

La puntualidad era su más auténtica credencial, marca inglesa con sonrisa italiana, como cualquier otro híbrido de una guerra mundial. A las nueve y quince en punto, eran los cinco minutos que le había concedido el gerente.

A las 6 se despertó y despertó a todos sus otros yo, sonriente, seguro de sí mismo, pavorosamente tranquilo, aunque sudoroso y con un sabor amargo en la boca. Obligó a olvidar los sueños, desde ahora en adelante sólo los domingos tendría tiempo de pensar en los sueños, además nunca había sabido si realmente los soñaba o se los contaba para sentirse imaginativo, creador de pesadillas y presentimientos.

A las 7 estuvo completamente listo y pensó que se había levantado muy temprano. El problema era cómo rellenar el tiempo sobrante. Hizo los crucigramas de los periódicos y jugó su suerte con ellos. Tendría una magnífica si terminaba por lo menos el primero sin consultar el diccionario, pero ese maldito río de la India y ese demonio hijo de Caín, ni con el Larousse en la mano pudo llenar los espacios. El segundo podría ser perfecto y remediar la suerte, pero —esas cosas de la vida— figuraba un río de Pakistán,

un monte griego, el famoso barco en que viajó Magallanes —quién fue y qué hizo— el hijo de Caín.

Bah estupideces, él era demasiado racional para creer en esas cosas, además tomaría la providencia de salir anteponiendo el pie derecho y se pondría la corbata de la buena suerte.

Al llegar a la puerta del ascensor, a las 9 en punto, había hecho hondas parcelas de tiempo y pensamiento. Pensó en los triunfos ya habidos y en los que traería el futuro: una línea perfecta de ascenso. ¿Quién le iba a decir, niño descalzo y huérfano, que se codearía con los grandes?

No fue simple, pero lo consiguió. Primero en la escuela pidió lástima con paciencia, esfuerzo y bondad. No resultó. Entonces exigió, se volvió violento, alegó discriminación, olvido, indiferencia. Se convirtió en el dueño de los ejemplos, de las buenas notas y en el preferido de las protecciones. El silencio es una credencial bastarda en este mundo de gritos. “La clave estriba en hacerse oír, en saber plantear el caso, en ser abogado de uno mismo, tenaz, en alta voz, sin reserva alguna.” El colegio fue etapa fácil y la universidad el sitio perfecto, ahí su palabra era la palabra de la conciencia.

No se contentó con un puesto cualquiera, necesitaba uno bueno y distinguido, y su origen de marginado, de las clases desfavorecidas, de niño sin padre y sin casa, se lo obtuvieron por arte de magia. El Rector le entregó el título con una sonrisa de satisfacción y una amistosa palmada en el hombro. Ni la sonrisa ni la palmada le gustaron, eran una especie de caridad colectiva que se confirmaba victoriosa. Se había equivocado el Rector. Nadie fue espontáneo y él, el único triunfador del momento, no aceptaba particiones. Llegó solo, dando gritos, exigiendo que se le permitiera

usar los rieles que los demás usaban para caminar naturalmente.

Ya frente al ascensor, con ocho personas más, tocó de nuevo el botón. Las 9 y 2 minutos. El elevador siguió parado en el séptimo piso. Después de quince segundos bajó al sexto y se detuvo otra vez. Bien había hecho en prever cualquier atraso, nunca se sabe lo que puede pasar cuando se sale uno de su propio dominio. En el reflejo de los mosaicos verdes, adorno uniforme de las paredes que desean sentirse limpias, no encontró su sonrisa de interés y de amabilidad. Su altura sí, en el mosaico treinta y pico. Alto, el más alto de los nueve, aunque no valía contar la de las dos mujeres y la niña. La aguja se movió a las 9 y 3 minutos, pasó al quinto y cuarto, se detuvo en el tercero. ¿Por qué diablos no llega? Pensó en las garantías de las escaleras, pero para qué ser impaciente, llegaría sudado, nervioso, sin la serenidad que se requiere para hablar a un gerente y puntualizar los detalles del contrato. No debía dar idea de necesidad, ni aparecer como ansioso solicitante. Elegantemente interesado expondría sus planes primero, sus condiciones después. El llevaría la batuta, el gerente sería orquestado para dar el sonido exacto. ¡Cómo se equivocan los que van a pedir con la idea de que se está ante alguien en alguna forma superior! El no cree en los estratos jerárquicos, ni en los milagros de la oferta y la demanda. En este mundo todo está inducido, sobran las letanías majaderas de por favor, si usted lo quiere, gracias a Dios. Lamentable es la palabrería de las introducciones, de los preámbulos, de los gratuitos agradecimientos, lamentable e inútil. El mundo de hoy es un teatro en que vale lo concreto, el soy, el quiero, el ofrezco y el espero, el doy, el recibo. En ese teatro el gerente es un pobre ser que pide a gritos el reco-

nocimiento de los demás. “Vengo ante usted porque es un hombre inteligente, trabajador y una excelente persona, no vengo a pedirle, vengo a ofrecerle...” Ese es el pie ideal para levantar una buena recepción, todo lo demás cae por su propio peso.

El grupo se estrechó hacia la puerta. El ascensor en el piso dos venía ya hacia la planta principal y la gente, que no sabe esperar, se apresura a perder el tiempo. Así, apretujados, cerrarían el paso a los que deben salir. Las 9 y 4. Se separa del grupo y trata de abrir el paso. Cuando la puerta está abierta, se produce confusión entre los que salen y entran. ¡Qué manía de gestos inútiles! Si pudiera y hubiera una oportunidad válida, haría un soberbio discurso sobre la estupidez humana, que es el ombligo común de conocidos y extraños. La ascensorista mantiene la puerta abierta cuando el grupo está listo al viaje. ¿Espera a alguien más o se complace en mirar largamente el vestíbulo? Sus ojos están ya hechos paredes de aluminio. El tiempo de segundos y minutos no tiene valor para ella. Quizás mida por horas o tal vez por medios días. La concepción del tiempo en cada uno indica el grado de vida interior, no hay mejor índice. El que lleva cuenta de los segundos es poderoso, rico en sensaciones, combativo y valiente. El que lleva cuenta de los minutos vale mucho y es un campeón de acciones. Los que apenas perciben las horas o sus fracciones, tienen signos peligrosos de decadencia. Los que miden apenas los días, seguramente por las treguas de comida, son simples hormigas sin idealismo y ambiciones. Pobres los que aprecian el tiempo en semanas, ya éstos están dormidos. Los que se van al mes son seres sonámbulos, con pocos signos de vida. Los muertos, definitivamente sepultados, son los que se despiertan cada año, hacen exámenes agónicos de vida y envían tar-

jetas de felicitación. Esos están en las orillas de los cementerios y en sus casas tumbas hay almanaques atrasados, pues sus memorias atrofiadas no contienen ni la concepción de ellos mismos.

La ascensorista marca el botón de la puerta, pregunta a sus pasajeros el número de los pisos y con un gesto de bostezo en las manos toca las piezas. Un mudo tablero frente a sus dedos y las 9 y 5. Estará en el piso décimo, si el tránsito no se complica, lo máximo a las 9 y 6. En el segundo piso hay una llamada, para el ascensor y entra un señor con dos pesadas cajas. Capacidad: doce personas. Van 11. En el tránsito del segundo al tercero, se apagan y encienden las luces. ¿Qué pasa? La ascensorista oye la pregunta sin formular. "Algo está fallando desde temprano en este tramo, pero no es nada." ¡Oh, las contradicciones visibles de las afirmaciones y de las negaciones! En la parada del tercero la puerta se traba. La ascensorista presiona con insistencia el botón. "Mire, señora, no funciona, la dejo en el cuarto y usted baja las gradas." Seguimos al cuarto y el ascensor no obedece la parada. La ascensorista deja su largo banco y de pie, con la fuerza de su cuerpo sin expresividad de contornos, deja su dedo en la tecla quinta. El ascensor no se detiene y la luz se apaga. Se siente el miedo. Al final para, no se sabe si entre el quinto y el sexto. Las 9 y qué, habría llegado a las 9 y 6. ¡Qué soberana mierda! Estaría tarde y entonces tendría que empezar con preámbulos de disculpa. ¡Qué desgraciada y maldita suerte! Ahora iban a oír sus protestas, esta inútil ascensorista y ese tropel de aprovechados, que se disputaron tontamente el lugar para ser los primeros de los últimos. Pero, ni una voz, ni un gemido, ni un jadeo. "¿Qué pasa?", exclama con voz asustada, casi de grito y nada de respuesta. "¿Es que no hay nadie aquí?"

El miedo hizo temblar las palabras. Y tan rápido como fueron dichas, extendió las manos que tropezaron con las paredes frescas del aluminio, con el tablero de botones, con la puerta cerrada, con el vacío más absoluto. “¿Estoy solo? Esto no es posible. Aquí había 10 personas, sin contarme. Hace apenas un instante y nadie bajó, un hombre subió en el piso segundo con dos cajas. La señora con la niña, la otra de vestido rosado, la viejecita, dos hombres en camisa, el de las cajas, un muchacho con uniforme colegial, el señor mayor del portafolio negro, la ascensorista y yo. Esto no puede ser. No puede ser. ¿Tal vez se escondieron? ¿Dónde?, en el piso, claro en el piso.”

De cuclillas extiende sus manos por todos los rincones del piso. Nada, nadie, el polvo de las pisadas, un papel insignificante, sus propios zapatos, él mismo, solo. Piensa en gritar y pide auxilio a lo que da su voz. “Esto no puede ser, no tiene lógica, diez personas no desaparecen así.” Las 9 y 7, las calcula, la oscuridad no le permite ver el reloj. Empieza a contar los segundos, se pierde en el cuarenta y tres. “Debe haber una puerta secreta y salieron por ahí.”

Toca de nuevo las paredes, el piso, la puerta, nada, ni la menor rendija. “¿Cómo no lo pensé antes? Arriba, en la pared superior, siempre hay una puerta de escape.” Busca con los dedos y de puntillas alcanza, encuentra el lugar del ventilador, los rincones de la luz indirecta, y nada más, ni una reja, ni la forma de una ventana. Todo compacto, todo cerrado, todo intocable. “Es de los modelos en que se desmonta el cielo para reparaciones y puede ser que ellos lo hayan desmontado para subir hasta el piso quinto y por ahí salieron. Pero, ¿cómo lo hicieron en silencio, sin ponerse de acuerdo, sin ayudarse uno a los otros, sin pedir mi propia ayuda? Deben ser las 9 y 9, aun más

tarde. Necesito calma, pensar despacio, usar mi lógica.” Gritó de nuevo, con más fuerza, pateó las paredes y la puerta. Un silencio rotundo y vacío, un silencio de gargantas mudas, un silencio de respiraciones acongojadas, un silencio de soledades, de soledad, de su propia desolación. Nadie, nada excepto él con el corazón palpitante, con la respiración acongojada, con sudor frío en la frente.

“Esto no puede pasarme, cualquiera enloquecería con la situación, pero yo no. Tampoco quiero el recurso de creer en que estoy soñando. Creo en lo concreto, en lo que me transmiten mis sentidos y no las ilusiones. Claro, vi y oí a diez personas, ahora ni las veo ni las oigo, sin embargo no han desaparecido así por así, eso no sucede, los espacios físicos tienen una área de ocupación y un tiempo, que a veces es simultáneo con nuestra subjetividad y nuestra presencia. Hay muchos ascensores en estos momentos funcionando y nada extraño pasa en ellos, suben y bajan, recogen y dejan gente, así porque así, sin trámites ni pasaportes, son los servidores menos burocráticos y sin embargo hoy fallaron conmigo, no sólo me dejaron aislado, sino que este aparato está jugando con mi imaginación y con mi miedo. Pero no me va a vencer una extraña jugarreta.” Gritó otra vez con notas roncadas. Su garganta seca, el sudor en la frente, el pecho agitado. Manipuló los timbres del tablero. “Las 9 y 11, deben ser las 9 y 11 y ni siquiera una explicación lógica. El aire empezará a escasear. Esto es una trampa, algo planeado por alguien y yo la víctima, el inocente que se deja llevar por los acontecimientos, sin sospechar, dispuesto a caer por obra y gracia de mi propia inocencia. ¡Qué colmo de ingenuidad!” Y ya tranquilo, al sentirse víctima, se da cuenta de que sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad y en la oscuridad está

solo, rotundamente solo, atrapado, con su reloj contando segundos, minutos, tiempo inservible, inútil, de una pasividad activa anquilante. Grita de nuevo, con un grito abierto de selva, de bosque enredado, de cielo y de cuevas, pero siente que el grito cae solamente en sus oídos, en donde también repica su angustia. Y los ojos, avivados por la necesidad de encontrar algo, descubren un movimiento animal, raro, repugnante en el piso. No tiene tiempo para pensar qué es.

La luz se enciende un minuto y el ascensor tiembla entre el avance y el retroceso, sin avanzar en algún sentido. Aprovecha el instante de luz para mirar el reloj. No logra precisar las 9 y qué con exactitud, pero al llegar la oscuridad presiente que la aguja está más abajo de las 9 y 15, quizás las 9 y 17. "¿El gerente y su cita? ¡Que se vayan al diablo! Ahora lo importante es salir de aquí, salir de la trampa, después analizar, entender lo sucedido, saber el porqué y el cómo. Nadie comprende en el primer instante, los más se pierden en las palabras, las palabras solitas, sin llegar a su significado y a los gestos que están detrás de ellas. Dicen que no oyen, piden que se repita y no entienden, no entienden nunca lo que pasa, preguntan y no entienden, no captan las respuestas, acaban por no preguntar, por no entender y seguir viviendo tranquilos. Yo sabré qué pasó y por qué pasó. No debo preocuparme en estos momentos. Encontraré la verdad y me vengaré bien vengado, tarde o temprano. Soy paciente, sé triunfar y vivir." Vuelve a gritar, ya no pide ayuda, la demanda, insulta.

Con un gesto casi inconsciente se desanuda la corbata, la saca del cuello, la guarda en el bolsillo y se desabotona la camisa. Algo frío se enreda en sus pies. Piensa que es la corbata y la busca. Encuentra su

mano un cuerpo frío, baboso, que sube por sus piernas con una especie de mandato manso y natural, con un silencio aterrador. Tienta la cabeza, el principio, y no lo encuentra. Grita desesperadamente, trata de caminar y se cae. Está consciente de que no puede separar sus pies, pero se quita el saco y con él en sus manos busca la destrucción de eso que lo oprime y sube ya por sus rodillas. No tiene cabeza, ni principio, ni fin. Se queja sin tener más dolor que el propio de su angustia. La luz se enciende un momento, más veloz que un parpadeo, al punto de que apenas si tiene tiempo de reconocer su propia cara, su cara horrorizada, con los ojos abiertos, sin más expresión que el miedo denso, espeso, concreto y absoluto. La boca torcida, los dientes apretados, las mandíbulas en esfuerzos de fuerzas innecesarias. Filos de músculos y el sudor como un baño de calenturas sobre una piel abierta, entre manchas rojas y los poros ya cicatrices moradas. "No soy yo, esto no es posible, mi cara fresca, de niño grande. Esto es un juego para enloquecerme. No pudo conmigo la pobreza, el olvido, la sensación de marginado, la conciencia propia de no poder y la seguridad lejana de pobrecito. Ahora no me van a vencer, este juego de espejos y la impresión de estar atado. Me pueden crucificar y resucitaré, resucitaré. Después de este largo camino de sacrificios, nadie me puede derrotar, nadie. He sabido subir, ciencia difícil que temple cada nervio. Soy un piano capaz de dar las mejores melodías. Llegaré a los comités ejecutivos, a los puestos de rectores. Este gerente y los otros gerentes me llamarán cien veces, me consultarán, me adularán, señalarán sin reservas mi inteligencia, me admirarán pese a sus envidias y sólo en sus conciencias se animarán a recordar mi humilde origen, mi comienzo de abandonos y miserias."

Grita de nuevo, el grito es largo y débil. Ya llega a sus muslos ese **envoltorio** extraño y frío que lo envuelve, sin que las manos presurosas y ágiles encuentren la cabeza, el principio, y parar ese movimiento criminal, que lo ahoga. “¿Es eso la muerte? ¿Es esto la muerte?” La idea atraviesa su mente en imágenes que siguen sus pasos matutinos, su espera por el ascensor, sus compañeros de viaje, su viaje, la cita frustrada con el gerente. El conjunto en la hazaña del instante, los demás ya idos y él, solo, con su agonía, con la conciencia de la muerte sudando en el cuerpo. Se sonríe, esas cosas pasan únicamente en la cabeza de los atormentados, en los que creen en Dios y tienen como buenos abogados ideas de arrepentimiento en pleno juicio universal, los del bien y los del mal; como si no fueran conceptos inventados por los dueños de la comodidad. Se sonríe, la seguridad en sí mismo renace, está soñando, soñando simplemente, soñando que sueña, con los ojos cerrados, porque del autosadismo no hay quién se salve, sueña que sueña con pesadillas y se detiene a pensarlas, las examina en detalle, no es de los que pierden la conciencia y cae en la embriaguez de narcisimos infectos de licor, de drogas o de absolutas redondeces de importancias egoístas. No se sonríe quien agoniza y él se está sonriendo, si estuviera agonizando no podría sonreír, los agonizantes no lo hacen, se ahogan en su busca de aire y resuenan como máquinas descompuestas. No, a él no le pasa algo serio, no le puede pasar, nunca ha estado enfermo y lo de este encierro es un mal viento. “Una alucinación, eso es.” Y cuando lo dice, las palabras le llegan lentamente a su cerebro, que se pregunta con dolor qué es una alucinación.

“Alucinación... alucinación...” En sus caderas, en su estómago, ese algo raro le sube, lo oprime. No

encuentra las manos, los brazos que fuercen y le ayuden. ¿Es que las manos y los brazos han sido vencidos, están atados y ya no sirven para nada? "Alucinación . . ." Se confiesa, nunca ha tomado licor, nunca probó las drogas, nunca se ha mareado con sensaciones extrañas. Sólo la realidad y ese esfuerzo constante y real de transformarla en algo propicio para él, para su crecimiento, para su desarrollo, para su prosperidad. ¿Y qué hay más alucinante que la realidad? Tal vez está enfermo de realidades que se transforman o se deben transformar en mejores realidades.

Una opresión dolorosa, sin piedad, constriñe sus costillas. Y cuando ya no puede más, cuando llora sin consuelo, cuando siente que está vomitando sangre y no hay remedio porque también le han cogido el cuello y se lo oprimen, cuando piensa en que su vida, su vida entera ha sido una simple mierda, siente que el piso tiembla y luego asciende con la inseguridad de los primeros pasos.

Una voz timbrada y segura dice: "Su piso, señor, el piso de la Gerencia."

## EL TROTE DE SIEMPRE

En el radio anunciaron lluvias en la tarde y tal vez también en la noche. Doña Juana pensó en meter la ropa después del almuerzo. Doña Lola propuso una partidita porque de por sí no había otra cosa mejor que hacer. Doña Cristina dijo que remendaría, ya la canasta repleta le pesaba en la conciencia. En el radio leyeron noticias y doña Josefa propuso un rosario por la paz ahí, en ese lugar raro, en donde por dicha no viven parientes y la gente muere como moscas, sin confesión ni arrepentimiento porque cae la bomba y los desparrama, aunque quién sabe si tienen religión y creen en Dios. Doña Susana señaló que los precios iban a aumentar, los de la carne y la leche, saber qué pasaría, pobre los pobres, éstos qué van a comer si los frijoles ya estaban por el cielo, si una se veía a palitos para llenar el hueco de la muela qué pasaría con los infelices sin trabajo, sin casa propia, con una prole de pedigüños. Doña Blanca cambió el programa por la radionovela. Entonces doña Ester confesó que siempre había intuido que el conde era un sinvergüenza.

“Rosarito, amor mío, mi ángel, te quiero más que a mi misma sangre. Te daría la luna y el sol,

correría por los bosques, mataría leones y cocodrilos, me vendería como esclavo. Por ti, sólo por ti...”

Y en el momento en que la abrazaba, ella esbelta como un junco, él moreno y alto, con sus manos fuertes y su espalda ancha, sonó el pito de la cafetera y doña Toñita se levantó de un brinco: ¡Dios mío, me olvidé de la cocina! No pudieron enterarse si se besaron... mañana se complicarían las cosas. Doña Estela recomendó silencio y concentración porque siempre pasaba lo mismo, en lo más emocionante perdían el hilo. Doña Lola sacó el naípe y en un rincón del sofá empezó un solitario. El servicio social comunicó la sentida muerte de don Esteban Fuentes y extendió su condolencia a la familia doliente, oportunamente se avisaría la hora de los funerales en Concepción de San Ignacio. De qué moriría, preguntó doña Juana. Y eso qué diablos te importa, si no lo conocés, gruñó doña Lola. Puede ser de los Fuentes, los de la ferretería, ellos vienen de lejos, supuso doña Josefa, y si es de esa gente murió segurito de cáncer, todos se han ido igual. Doña Cristina tocó madera y siguió remendando.

Empezó a llover a las tres. Una lluvia sonora y espesa. No hubo tiempo de recoger la ropa. El reuma de doña Juana no le permitía mojarse y la lluvia cayó de cuajo, sin más aviso que el del radio, en el que no se cree nunca. “Para esas gorduras de la barriga, popularmente llamadas llantas, este ejercicio es infalible. Horizontal en el suelo, suba la pierna derecha, recta, sin flexiones, hágala girar en círculo, ahora tiéndala de nuevo y levante la izquierda, la misma vuelta y abajo. Siga el ritmo con la música, una, dos, tres...” Doña Blanca en el suelo seguía las instrucciones. ¡Qué espectáculo!, dijo doña Lola, y después te quejás de la columna y de las vértebras, no estás en edad para

esos trotes. Cuando anunciaron la irrigación facial, todas se levantaron de la silla. “La cabeza recta, ahora déjela caer violentamente hacia el cuello, una, dos, tres... Ahora muévala como un péndulo del hombro derecho al izquierdo, una, dos, tres...” Doña Ester comentó que las veía sonrosadas, con diez años menos. Doña Susana trajo un espejo.

El programa de cocina, chiles al estilo árabe, no concentró la atención. Doña Cristina perdió la aguja, doña Josefa discutía con doña Blanca sobre la fecha exacta del aniversario matrimonial de Toñita. El 21 de abril. El 12 de marzo. Doña Estela medió por el 11 de junio, recordaba perfectamente que ese día estrenó un pañolón negro de rosas rojas. El pañolón era mío, dijo doña Juana, y te lo presté para la ocasión, no era negro, era color de arena con rosas de varios colores. Eso fue para el matrimonio de Jacinto, en que vos, Juana, llevaste mi chalina de seda oriental, dijo doña Susana. Doña Toñita aclaró que se había casado el 21 de setiembre, que la memoria de todas estaba fallando. Después de esos ejercicios recordatorios, que salpicaban sus conversaciones, oyeron la noticia del momento. En la calle 12 un accidente de tránsito, dos vehículos seriamente destruidos, sin víctimas que lamentar, salvo heridas leves. ¿Quiénes son los heridos?, preguntó doña Ester. No lo dijeron, sólo dijeron que eran heridas leves, aclaró doña Estela. Esta gente dice puras mentiras, dos carros destrozados sin muertos y heridos, eso no puede ser, de seguro son de buena familia, borrachos y entonces ocultan los nombres, me conozco los trucos: en esa forma vaticinó doña Cristina, y todas la miraron con reproche, en ese tono no se habla aquí.

Entre dos sirvieron el café. Música mexicana de fondo; en el corrido Juan Charrasqueado doña Estela,

con un leve bigote de café, leche y boronas de galleta, llevó la voz cantante. En La Llorona doña Juana hizo el bajo y doña Toñita el alto. La Feria de las Flores encontró coro, pero Guadalajara en un Llano ya la siguieron sólo dos y México Lindo no se oyó. Doña Cristina dijo que Blanca había hecho la primera comunión en la capilla del colegio; doña Lola afirmó que fue en la iglesia del Carmen, en esa época vivían por la vecindad y el padre Alberto era el vicario; pero, qué memoria, a tomar sucrol y comer zanahoria, fue en diciembre, lo recuerdo porque fui con el vestido de lana rosado, que hacía juego con un gorrito precioso que me bordó la abuela, y fue en la capilla de San Antonio, así concretó doña Ester. Cuando el resto tomó partido por uno y otro recuerdo, doña Blanca aclaró que hizo la primera comunión con Manuel, él muy elegante con vestido entero negro y camisa blanca, con encajes en los puños y en el cuello; ella, con su traje largo de lino, combinado con brocados y la toca de encaje adornada de azahares, el 15 de marzo, en la iglesia de La Soledad, que era la que estaba de moda para las primeras comuniones de rango. Así fue, así fue, palmoteó doña Cristina y estabas tan linda, me parece verte con tu cara de ángel, un poco triste, te había afectado mucho la ida de Juana, la primera que se fue, pobre Juana. Y doña Juana lloró su propia ida, con una sola lágrima que corrió ligera por la orilla izquierda de su mejilla sonrosada. En verdad, doña Cristina había alterado las reglas, nunca recordaban esas cosas.

En el radio anunciaron un baratillo en la cadena de supermercados y doña Estela decidió cambiar, la vida es un puro comercio en que no queda nada de pureza y de buenas intenciones, todo está a la venta bajo el engaño y el truco. Lo dejó en la lectura de los horósc-

copos, en donde iban por Capricornio, doña Josefa, un día en que no conviene reflexionar sobre el pasado, sino concentrarse en el futuro con sorpresas. ¿Cuáles sorpresas?, dijo doña Josefa, ya para mí no hay sorpresas, todo está consumado. Se sonrió con una sonrisa de retrato. Siguió Acuario, pero no había acuarios en el grupo, salvo doña Emilce pero ella aún no estaba, más adelante si Dios lo quiere y, era raro, Dios quiere cuando menos se piensa en que va a querer. Un día de relaciones positivas pero cuidado con las transacciones comerciales. Y la pobre Emilce, tan comerciante, exclamó doña Cristina y la volvieron a ver con severidad, era la tercera vez que se olvidaba de las reglas. Mencionar a los ausentes está terminantemente prohibido, eso de invocar intranquila y desconsuela a los que están lejos. El horóscopo acabó y se inició el vals del recuerdo, dedicado a quienes disfrutaron o disfrutaban de la música romántica y dulce. Cuatro se sentaron a jugar ron y doña Lola repartió las cartas. Doña Ester entornó los ojos y comentó que se sentía sobre las olas, algo mareada, pero con esa sensación del amor a punto de abrir la puerta. Doña Susana suspiró hondo varias veces, el mecanismo de sus suspiros respondía al recuerdo de cosas que no sucedieron, pero casi suceden.

El programa de valsés se acabó en el momento en que doña Josefa pidió a doña Toñita que la reemplazara porque en todo el rato no le habían barajado una sola pareja. Con esta suerte, mejor ayudo a recordar. Y doña Toñita, con el humor sonriente de los gordos, señaló que a lo mejor el campo era el salado y a ella le daba lo mismo perder que ganar, juego para distraerme y matar el tiempo, qué optimista soy, el tiempo no se mata, más bien nos mata. Y, doña Blanca dio vuelta a la perilla y las noticias

de nuevo, con dos bombas, una inundación, una revuelta universitaria, la campaña cívica, declaraciones de los candidatos, la necesidad de la limpieza, los robos del día, junto con las bodas y los actos sociales. Qué cosa, dijo doña Susana, siempre es lo mismo y sin embargo se oye como si fuera nuevo y realmente acabara de pasar. Quitá los deportes, me cae muy mal el locutor, exclamó doña Cristina sin acordarse de que ya esos términos no eran adecuados. Cuando sintió la mirada correctiva de todas, se encogió de hombros y se disculpó con el cuesta mucho aprender y adaptarse, pero hago lo posible y pronto no habrá más equivocaciones. Al decir esto último, tenía lágrimas en los ojos. La buenaza de doña Juana la besó en la frente: "A todas nos ha pasado lo mismo, no te preocupés, yo que llegué de primerita sí me vi en apuros, pero después de que llegó Estela, con tantas noticias y lo de Susana, esa larga agonía, fue más fácil y nos preparamos para recibir las como en su casa, con el cariño y la alegría de siempre." Doña Blanca apagó el radio y doña Ester sugirió que se encendiera la televisión.

Siguió lloviendo, una lluvia tupida y suave. Si no se le ponía atención a las ventanas y se forzaba el oído para sentir el goteo de las ramas, cualquiera hubiera dicho que no llovía. Doña Toñita insistió en ver la serie "En el corazón de la selva" y acabaron por complacerla, aunque ya doña Lola se había quejado de que siempre aparecía el mismo trote de las jirafas, la vuelta redonda de las dantas, el levanteo de las garzas y el rugir de los leones, además la mona protagonista repetía incansablemente las únicas gracias que aprendió. En todo caso, cuando los elefantes corrían, con las hienas y las avestruces, doña Josefa había dejado de cabecear y estaba muy dormida. Por

igual camino iban doña Estela y doña Susana. Al acabar la película, con los palmoteos de la mona, sólo estaban despiertas doña Ester y doña Juana.

Se sirvió la sopa, los emparedados (dos para cada una ni uno más, no había que engordarse) y el te con sacarina. El Ministerio de la Presidencia anunció el aumento de la gasolina. ¡Qué grande está Miguelito!, comentó doña Juana. Se está quedando calvo, acusó doña Blanca. Samuel nos contó que tiene una úlcera muy molesta y a lo mejor se complica, dijo doña Susana. No parece, se ve tan sano, concluyó doña Toñita. Empezó el anuncio de la pasta dental y después el plato fuerte, "Trabajo Serio", sobre el secuestro de un avión por dos muchachas muy bonitas. La vida no vale la pena, sentenció doña Lola y las demás no la oyeron, absorbidas entre las balas que rompían ventanas y el cadáver que rodaba por las gradas. Después de que las muchachas ya no tan lindas, sucias y despeinadas, con sus malos pensamientos dibujados en los ojos y en la boca, caminaban hacia la cárcel, doña Estela apagó el televisor. Los otros programas no los recomendaba la censura.

El rosario se rezó con la devoción de siempre y se dedicó con patriotismo al mejoramiento del país y de sus tantas almas perdidas.

Buenas noches, dijo doña Juana, luego de recomendar que no cerraran la puerta, había tenido un presentimiento: Emilce, la buena Emilce, soñó que estaba en camino. Ya la conocen, si no encuentra la puerta abierta es capaz de quedarse afuera y eso va a ser fatal, ya saben por experiencia que venimos con catarro, algunas hasta con pulmonía.

Cada una desfiló hacia el dormitorio. Doña Lola con el radio, pues le gustaba oír los comentarios políticos. Doña Ester colocó a la entrada una camisa de

dormir y una bata de levantarse, Emilce tan vanidosa necesitaría cambiarse con urgencia. Nunca hablaban de ello, pero preferían que las nuevas llegaran en la mañana o en la tarde, no en la noche. Era, sin duda preferible, podían estar sonrientes y soportar en calma los gritos y llantos de la recién llegada.

Aquella noche doña Emilce llegó a las 11. Entró por la puerta abierta y gritó al tropezar con el sofá. Llevaba la cabeza en la mano, como si fuera un trofeo. Y la cabeza gritó al ver a doña Juana, que se levantó corriendo a recibirla con los brazos abiertos. ¡Bienvenida, bienvenida!, mientras llamaba a doña Cristina porque había que hacer un remiendo. Doña Estela sentó a doña Emilce, casi a la fuerza y en el forcejeo rodó la cabeza por la alfombra. Doña Blanca la levantó con cuidado, le cerró los ojos y le hizo la señal de la cruz en la frente. Entre doña Ester y doña Toñita la colocaron en el cuello, las demás contenían los hombros, las piernas, el tronco estremecido por hondos sollozos y por los gritos de yo no quiero estar aquí, yo no quiero. Doña Cristina al fin encontró el hilo transparente y doña Lola sintonizó en el radio la oración de las buenas noches, que se transmitía a esas horas con fondo de música sacra. “Gracias te doy Señor por este día . . .”

Doña Emilce preguntó dónde estaba, con su cara enrojecida de llantos y estornudos. Nadie le contestó, pero le dieron un te de tilo y la acomodaron en el sofá con almohadas blandas, sábanas calientes y dos cobijas de pura lana. El radio en ese momento anunció que un avión, en la ruta de regreso al país, cerca del puerto, se había dado por perdido y un equipo de rescate de la Cruz Roja salía para la zona; la lista de pasajeros no se conocía, pero era notorio que se trataba de distinguidísimas personas.

Ya más tranquila, doña Emilce dijo que tenía hambre, pero que no se molestaran; doña Juana salió sonriente a preparar unos emparedados. Qué bien está Juanita, no ha cambiado, siempre tan maternal y buena. Y al decirlo, doña Emilce se fue fijando en todas y a cada una expresó su asombro por los ojos brillantes, la mirada dulce, el cutis fresco, el pelo lleno de vida, la dulzura del gesto, la sonrisa de bondad, el aire de paz y vos Cristina, también vos y se abrazó a ella llorando.

Doña Lola encontró muy fúnebre el concierto de medianoche y lo cambió por el programa de la Funeraria Descanso, con la hora de poesía. "Dios mío, qué solos se quedan los muertos." Las protestas apagaron el sonsonete de la rima y entró al espacio el programa en francés sobre la misteriosa vida de las hormigas. Doña Lola le dio un golpe al radio y salió el tango de la nostalgia, "uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños", y doña Toñita zigzagueó en el piso un paso apache.

Afuera llovía una lluvia de polvo de estrellas y en la oscuridad el olor de las rosas y los claveles se hizo un licor penetrante.

Cuando doña Estela dijo que Emilce tenía apenas 37 años, doña Blanca apuntó que serían 46 el próximo marzo y doña Toñita que 43 ajustó en agosto. Doña Juana confesó que no recordaba, había crecido tanto Emilcita y se había hecho muy linda. Las demás tomaron partido. Doña Emilce dijo con cierta vergüenza que 51 el primero de febrero, y todas bajaron los ojos en silencio.

El programa en francés de nuevo, con una recarga de estáticas. Un golpe trajo la noticia del momento: la renuncia del Ministro de Comercio para atender sus negocios particulares. Dicen que sale muy rico, co-

mentó avivada doña Emilce, cuando entró al gobierno no tenía ni cama en qué caer muerto. Doña Juana señaló que esas cosas aquí no interesaban, a dormir, a dormir, que mañana será un día muy lindo y podremos tejer en el jardín, bajo los cerezos. ¿Aquí hay cerezos?, preguntó doña Emilce. Y todas callaron porque la verdad era que doña Juana confundía un pino con un eucalipto.

Doña Lola conectó la BBC de Londres, que transmitía en ese momento "The World Today" en inglés especial para aprendices. Doña Susana señaló que le dolía la cabeza, estaba nerviosa y no quería más ruidos. Obedeció doña Lola y al intentar encender el televisor, doña Blanca le recordó que a esas horas ya no había transmisión.

Un pájaro revoloteó por la ventana. Es el pájaro de la madrugada, notó doña Josefa y doña Emilce preguntó inmediatamente qué día y qué hora eran. Según mis cálculos, dijo doña Ester, la una de la mañana del lunes 19 de noviembre.

El pájaro de la madrugada tropezó de nuevo con la ventana. Doña Cristina, que se caía del sueño, indicó que estaba pidiendo boronas de pan. Y nadie se levantó, aun cuando el pájaro picoteó el vidrio y luego alborotó las alas contra la ventana. Doña Toñita se durmió en el hombro de doña Ester, quien a su vez se había recostado en el sillón de la sala. En el sofá, se durmieron abrazadas doña Emilce y doña Cristina. Doña Estela hacía rato buscó su cama y lo mismo hicieron doña Susana y doña Blanca. Doña Juana encontró el sueño en un banco de la cocina y doña Josefa roncaba rítmicamente sobre la mesa del comedor.

Con un aire de clandestinidad revolucionaria, doña Lola sintonizó el programa de filosofía matutina porque creía, claro que creía en secreto, en ese mundo mejor del mañana.

## LA SOBERANIA Y EL SOBERANO

A manera de retórica elaborada en los aposentos del pasado, Simón siempre estaba descontento. Eso lo sabía la familia entera y algunos amigos cercanos. Era un hombre respetado y respetable, de una sola línea como los caudillos de la revolución, primero morir que ceder. Nunca lo dijo así de concreto, pero lo actuaba con el empeñamiento de todas las mulas y de los niños malcriados en el parque o en el consultorio médico.

Una muela le empezó a doler al terminar el mes de agosto, cuando lo habían ascendido a subjefe y gastó en una fiestecita de arrogancia los aumentos completos de los seis próximos meses y algo más. Por supuesto, a él las subjefaturas le sobraban porque el mando lo tenía como patrimonio y soberano de su destino había sido desde el minuto de su nacimiento.

La muela le dolió de repente y no se veía daño alguno, ni hueco ni mancha. Maldita muela, dijo con furia y no cedió a las contemplaciones. La quemó con clavo de olor y aisló por ratos lo que dolía con aspirinas. Cuando sintió que algo de fuego le subía hasta el ojo derecho, que le lloraba sin querer, probó los enjuagues de ron y de alcohol puro, que luego le

perforaron la garganta y las tripas. Maldita muela, pues además del dolor en el ojo, le producía colitis y carteritas al excusado en la casa, en el trabajo y en la calle. En la calle era lo peor, pedir prestadas las intimidades era para Simón la humillación de las humillaciones, aunque se pretextaba con el dicho de que las exigencias corporales eran la credencial común a la humanidad entera, lo mismo orinaba la Reina de Inglaterra que el Sha de Persia, y en el caso de las diarreas el Presidente de Estados Unidos o el Rey de Arabia Saudita dejan de pensar, se escurren y dan lo que haya que dar por la privacidad del momento.

La muela era rebelde, la desgraciada, y Simón no fue más él, sino él y la muela. Que si le dolía menos hoy que ayer, que si hoy más que ayer, que por ese lado no como, que me crece y no puedo cerrar la boca, que hasta me cuesta hablar y cuando la menciono con palabrotas me corre un calambre, que soy un pendejo, un completo pendejo y ya no puedo ni ser hombre con mi mujer porque apenas empiezo me duele duele hasta retorcerme y pierdo los alientos.

Ser subjefe con dolor de muela fue imposible porque los subjefes anteriores nunca se habían quejado de eso y sus malos genios no eran tan agudos, ni tan violentas las llamadas de atención, tampoco eran tan mezquinos los permisos y tan negativos los consejos de qué hago con esta vaina, métasela en el culo y no me moleste. Cuando se rumoró que habría una huelga para pedir su renuncia, el jefe le dijo: Simón yo no puedo hacer nada, o cambiás con los muchachos o te jodés por completo, te repito que el dentista acaba con eso en un segundo.

El dentista era la recomendación general porque cuando no daban las aspirinas ni los tragos de guaro ni los tacos de alcohol, hay que ir corriendo y pedirle

que la saque, aunque se vea buena y blanca y no tenga visos de podrida. Simón no le tenía miedo al dentista, ni a sus tenazas ni a las largas inyecciones, menos a la cámara de tortura que parecía el consultorio. Simón, en verdad, no tenía un pelo de pendejo, era bueno para las gatas, para las flacas y para las gordas, las desvirgaba o las virgineaba sin el grito de aquí está el macho, y ni siquiera tenía inventario de señoritas y señoronas, la edad ni las membranas contaban para sus cosas porque era buen marido y buen padre, iba a misa aunque no creía y en cuestión de tiros era de los que levantaba el cuerpo entero para avanzar y apuntar con el pulso firme. Se casó o lo casaron, quién se acuerda, con María la bonita y le dijo claro aquí se acaban sus mates o los platos no van a durar. Simón, el revolucionario, el niño mimado de las solteronas, que lo veían grande y grandecito en los menudos, se rio al principio y entró en la casa como un soberano de su destino, por eso dijo: aquí empieza el episodio de Simón el buen marido. Y lo fue bajo la mirada orgullosa de María, a quien le gustaba dejar sin tierra de apoyo cuando le decía: lo soy porque quiero, no faltan por ahí llamados que desatienda y suspiros que podría calmar, pero estoy aquí porque me da la gana y hasta donde me llegue, así es que ni exigencias ni amenazas en la soberanía de mis caprichos.

En la soberanía de sus caprichos, se fue montando una tropa que en vez de llamarlo general, con exceso de confianza irrefrenable lo llamaba papá y la agente de las causas le decía mi viejo, y todo eso le relamía los desvíos de su destino, porque lo tentaba la morena de las anchas ancas y lo incitaba la enfermedad del hielo que difundía la rubiecita tímida del correo, con dos banderas de las islas vírgenes, desteñidas y sin color como las cosas que duermen, no sueñan ni despiertan

bajo la respiración caliente de los cuerpos que se descubren en los mapas incompletos. Sin embargo, ahí estaba a las cinco y diez de la tarde, como un buen marido y un padre perfecto, porque los dos mayores mamaban de su lacónica labia y en la casa se necesitaba el humor de la armonía y era mejor la conformidad al pleito, la buena cara a la riña, el ejemplo de la unión al dime y direte de la pareja en eterna disputa. En la soberanía del porque me da la gana, comprendió que ser Simón era ser bueno para los suyos, responsable en los gastos, administrador de lo que se dispone y buen navegante en las zozobras: la enfermedad sin diagnóstico del mayor, la invasión de virus desconocidos en el pulmón de la pecosa, la tos insistente de la recién nacida y el nuevo embarazo que reventará en setiembre, cuando se cumple la hipoteca y hay que apechugar también con el parto de la rubiecita, a quien se le ocurrió contarle todas sus timideces mientras sus pechitos vírgenes se agitaban como las dos golondrinas encerradas en el arca de Noé. Y si para unas daba Simón, tenía que dar para todas, porque muy macho sí era y lo seguía siendo. A la hora del pleito y de la verdad siempre se le encontraba. Las cantaba claras y por orden alfabético, porque sí y porque no, apuntó bien las hipocresías y no se dejó arrebatar por los halagos. Se nace solo y limpio, hay que saber morir solo y limpio.

Simón llegó al dentista para explicarle su dolor, aunque ya sabía el diagnóstico: la pieza estaba buena y la neuralgia debía tener otra causa. Sin saber cómo pedir, porque nunca había pedido favores, exigió que se la sacara. Así lo hizo el doctor y se la entregó en un frasco plástico, en donde se veían sus raíces profundas, sanas y perfectas.

El dolor siguió, para qué contar sus detalles, a veces le llegaba al oído y se extendía hasta el brazo, retorcido quedaba para no alterar los tentáculos que le carcomían la médula misma de los gritos, y sin gritar parecía desvanecerse. Con un dolor así, llegó al hospital y le tomaron radiografías de la cabeza, del estómago, de la columna; le sacaron sangre y lo registraron muy adentro.

—¿Cómo va Simón?

—Mejorcito, gracias a Dios.

Lo de mejorcito era un dicho porque Simón se iba encogiendo en dolores y en calambres. A la muela siguió un diente y decidió apeárselos todos, pero la cosa andaba en otra parte y el dolor venía ya con sudores fríos y desmayos.

—Parece mentira que sea el mismo Simón de botella y media de guaro y tres mariposas alegres de jornada nocturna.

—Pobre Simón, nadie diría que es el que capitaneó las tropas por las montañas, y sin zapatos, con hambre, encontró fuerzas para asaltar el cuartel.

Simón no se dejó vencer así no más. En la cama número seis del salón b, se declaró soberano, único soberano de sus dolores, y se propuso perfeccionarse en aguantarlos, al fin y al cabo eran sus dolores, sus propios dolores. Dejó de quejarse, aunque perdía con frecuencia el pulso, caía en estados de inconsciencia y sudaba frío con los ojos fijos, agarrados a un punto interno que dolía con agudas notas de soprano.

—Es un tumor en la circunferencia del esófago, con metástasis desconocidas e influencia en el plexo braquial y en el simpático cervical. Incubación lenta, indeterminada a tiempo y fatal en el presente. Lo siento, no hay tratamiento por el momento, pero se seguirá el estudio del proceso y el suministro de los paliativos.

—Gracias, doctor.

Simón oyó la versión con palabras más simples: los ojos que le decían adiós, las preguntas sobre lo que se le antojaba, las insistentes referencias a lo valiente que había sido, los constantes elogios a su personalidad, las menciones repetidas a los muchos que se preocupaban por él. Y no dijo nada, se calló, no le gustaba hablar para sólo enseñar las encías desnudas, se calló metido en la fertilidad silenciosa de sus propósitos: era y es soberano de sus dolores.

No volvió a quejarse, no, Simón el quejoso era detestable. En voz alta, con palabras claras pidió más dolores, más fuertes, más agudos, para vencerlos de una vez, para superarlos de un golpe, para derrotarlos con sonrisas valientes, porque él era soberano y no admitía compartir el poder de su soberanía. Se angostó como un niño y la voz se hizo más profunda. Habló del mañana, de la voluntad, de la fe en sí mismo. Con voluntades imposibles, consoló a los tristes y prometió a los moribundos un tránsito rápido hacia el mundo de los fuertes, los poderosos, los soberanos, los que no se dejan vencer por las pendejadas de este mundo. "Mañana estarán conmigo en la soberanía de los que no se quejan, de los que no ceden, de los que no reclaman."

El cura se quejó. Ese Simón de la cama seis interrumpía con frases delirantes el sacramento de los santos óleos. Pero, Simón, que no hablaba de la muerte, del arrepentimiento, del más allá, supo llamar la fuerza de ser y cada moribundo se afirmó tercamente en su momento de rendición.

Cuando los agónicos insistían en la supervivencia, aun con los sueros y los alcanfores cortados, Simón fue aislado en el pabellón de las enfermedades contagiosas. Ningún lugar más propicio. Su fe cundió con el par-

padeo de la tosferina, la alta calentura de la malaria, la terquedad del sarampión, el asalto inesperado del virus.

El colchón de Simón se fue en pedazos, su pijama dio origen a infinitos escapularios, sus sábanas se veneraron, sus almohadas guardaron el aliento rebelde de su soberano invencible. Simón, por favor, tu bendición y consuelo. Mañana, hermano, mañana serás el vencedor único, el campeón de tu destino, porque tu mando es soberano y eso no hay que olvidarlo nunca. Mañana, hermano, mañana no habrá más carajadas de dolor y de vainas, tu rebeldía te habrá salvado. Mañana, hermano, te reirás de tus huesos, de tu carne, de tus dolores, porque los habrás vencido de un golpe, mi ilustre soberano de tus propias miserias.

El entierro de Simón fue en etapas. Lo enterraron precipitadamente los familiares porque a las once cerraban el instituto, era sábado, y de no estar a tiempo en la oficina no recibirían el subsidio y los niños también comían el fin de semana. Los compañeros de trabajo le llevaron una corona el domingo, encargaron los discursos al jefe y al delegado del sindicato. El primero dijo que Simón era todo un hombre, cuya trascendencia no se podía medir desde un escritorio desordenado y con cierto atraso en el registro de las operaciones, porque un hombre era algo más que un contrato de trabajo y un salario al mes. El delegado manifestó que se trataba de un hombre polémico, raro en sus reacciones y conservador en su línea patronal, sin embargo era un trabajador como los demás, víctima de la despersonalización del trabajo y apreciable en la honradez de sus cosas.

Los compañeros del hospital, sin corona y sin discursos, pidieron a Simón fe de su fe.

Un médico comentó a las enfermeras que el tumor no había salido en el estudio de anatomía patológica. Un tipo sano, muerto por asfixia sin causa conocida. Quizás de ahí nació la versión de muerte voluntaria por la redención de los demás.

En el pueblo hubo una ceremonia recordatoria. La viuda y los seis huérfanos en primera fila. La rubia con el pequeño atrás. La morena con el mestizo, que daba ya pasos seguros, perdida entre el público. "Simón Valerio ha dejado ya el mundo de los vivos", dijo ceremoniosamente el Presidente Municipal, "paz a sus restos, paz a su dolor, consuelo a sus deudos". "En él recordamos a los valientes, a los que dieron su vida por la paz y la democracia. Simón no rechazó el rifle en momentos de peligro, lo abrazó como la cruz, con fe y devoción, combatió a los malos como en las películas de los sábados. Viva Simón, señores, viva el pueblo, viva yo", discursó el candidato a gobernador.

El puente sobre el río Inesperado llevó el nombre de Simón Valerio. El hijo dijo que era su tata, para el que lo dude aquí me cuadro. La viuda corrió el velo de la placa y sacó el pañuelo de la lágrima, porque Simón hacía falta en la casa y en la cama.

El primer milagro sucedió muy lejos del pueblo, en San Esteban de Arriba, cuando un tipo invocó a Simón el soberano y quedó ileso de un asalto. El cura del lugar prohibió las invocaciones al muerto, que eran profanas y herejes, pero Simón apareció en las lecturas de manos, en las barajas y en el vaso. A mí me curó, a mí me hizo abortar, a mí me dolió al principio pero después me acostumbró, a mí me sacó de tortas, a mí no me resultó tan eficaz pero algo de bien me hizo.

Y Simón Valerio no llegó al rango de santo porque por ahí surgió uno extranjero muy efectivo, que

hizo milagros de cosas imposibles y pegó un número asombroso de loterías y de rifas, salvó a muchos agonizantes y la cantidad de recuperados, sanos de melancolías, cánceres y desahucios, con la autorización de Roma y el obispo local, empezaron la construcción de un templo en testimonio de sus milagros. El nuevo santo no tenía esposa que lo denigrara, ni hijos que cobraran por las novenas, por las invocaciones e intercesiones.

El puente se fue con la llena de marzo. El puente nuevo estuvo listo en setiembre. Para esa época había muerto el hijo mayor del más rico de los ricos del pueblo. El nuevo puente llevó su nombre y la placa se grabó en un poste, a cien metros de distancia de la última crecida, por aquello de los caprichos del Inesperado.

La viuda se casó en noviembre con un maquinista del ferrocarril, quien le llevaba y traía la correspondencia, pues al bautizar la “teñida” a su pecado de soltera con el nombre de Simón Valerio, nunca volvió al correo para no sentir pretensiones de propiedad compartida.

El nuevo Simón Valerio Rojas Rojas creció sin ideas sobre la soberanía y el soberano, se conformó con comer una vez al día, mentar la madre cuando lo majaban y aprender el Padre Nuestro con música de “así fuera maje del carajo”. Alguien le contó, para infundirle estimación y remediar su complacencia de ser nadie, que su padre Simón por mucho tiempo fue casi considerado santo y aun las viejas del pueblo lo invocaban en las tormentas y en los temblores. Ya para ese tiempo la familia Rojas había crecido, cuatro hermanillos correteaban en el correo y la recién nacida se dormía con el carraspeo del telégrafo. Simón Valerio se tragó la historia en silencio, pero cuando estuvo

a solas, con su propio dolor de muelas, gritó en voz alta: un hijoeputa como todos los hijoeputas de este mundo.

## EL DE LAS CUATRO

El barrio entero le tenía lástima. En la pobre Irene terminaba el recuento de las miserias. Cómo quejarse, si la pobre huérfana, paralítica y ciega, se sonreía siempre, buscaba la mano para besarla en acción de gracias, que Dios le otorgue sus bendiciones, y se conformaba con tan poco.

Fea, pobre, huérfana, encogida, retrato de miserias, sonriente, por un pedazo de pan duro lágrimas de agradecimiento, por un trapo viejo el gesto dulce y qué bondad tan grande, por un rato de compañía, más bien de curiosidad para ahondar en ese mundo pobre y desafortunado, la bendición y el asombro por la gente buena y santa, que Dios no deja de protegerme a través de ustedes.

Irene se acomodó en el patio, a los Sánchez no les importó, allá en la media agua acompañaba al perro y cuidaba la hortaliza, que los ciegos son videntes de noche y no hay quién se atreva. El Blanco la quería, acomodado en la falda se dormía como un bendito. A veces se le montaba en la pierna, Irene lo dejaba, para algo he de servir, no hay perras cerca y el Blanco no está para correrías.

Nadie se acordaba por cierto cuándo y cómo llegó la Irene. Unos decían que la trajo la abuela Sánchez, por eso siempre la lloraba a las dos de la tarde, la hora en que la sacaron, ese día de aguaceros amenazantes que cayeron al filo de las seis, pero que aligeraron los caballos, los pésames y el réquiem.

La vieja Sánchez era jodida y buena, había que conocerle el lado. Con la Irene no fue dulce ni amarga. La veía a su manera, le acercaba el agua, la limpiaba a baldazos y a veces conversaba con ella.

Los Sánchez nuevos, con su unión de Gallardos y Jiménez, la dejaron sin preocuparse por ella, como si no existiera, pero la Irene, que rivalizaba en fidelidad con el Blanco, alborotada con sus pasos gritaba buenos días doña Claudia, Dios lo bendiga don Manuel, la Virgen le dé salud don Arturo, la felicidad sea con usted niña Isabel.

Los niños se encargaron de la Irene. Nunca le tuvieron miedo. Con los sobrantes de sus casas, ella tenía de todo: sombrillas viejas, aretes quebrados, tazas sin manijas, relojes descompuestos y comida con pedazos de servilleta a las más diversas horas del día. Irene comía con el Blanco, siempre a mitades. Y cuando la olvidaron, las nochebuenas de los demás, el Blanco vino con huesos llenos de carne y se los metía entre las manos. Después de darle lo que podían, los niños le contaban historias, le cantaban, le hablaban de sus problemas. Irene ponía mucha atención, sonreía y les preguntaba la hora. Cerca de las cuatro, con los ojos cerrados, pedía que la dejaran sola. Hasta el Blanco estiraba las patas, ladraba un poco y se perdía por el fondo del patio.

¡Qué sereno, qué fino, qué noble! Vestido de terciopelo con ruido de espadas y espuelas. Te quiero, Irene, te quiero mi pequeña, mi cielo, y no importa

que tus ojos no me vean, yo veo por los tuyos, y no importa que tus pies no me sigan, yo te traigo los caminos.

Un murmullo, una sensación, un sueño, no lo sabía Irene, pero siempre se repetía a las cuatro de la tarde, especialmente cuando los naranjos estaban florecidos, cuando la alcanzaban los pétalos de los geranios que caían desde el balcón, cuando la lluvia hacía música de gotas frescas y los pájaros del cedro contestaban con trinos alegres el repíqueo alegre de las campanas.

¿Ha visto a Blanco doña Claudia? ¿Ha visto a Blanco niña Isabel?

Le pareció oírlo ladrar a la vuelta de la esquina. La chiquita de los tafetanes lo buscó por el parque. El niño de la bola recorrió todo el barrio. Carlitos le contó que el Blanco ya no veía, de tanto quererla se había quedado ciego y tropezaba en las cercas.

¿Ha visto a Blanco don Manuel? ¿Ha visto a Blanco don Arturo?

A las cuatro de la tarde, cuando el aire olía a limones y un campaneo de trinos y vibraciones se sentía danzar con el viento, Irene tocó el terciopelo, la espada y las espuelas, pero no oyó la voz dulce de las promesas.

¿Díos mío, no has visto a Blanco?

Blanco volvió, Irene lo sintió muy triste y cansado. Le pidió que ladrara en el rincón para oírlo por última vez, porque ahora ella era la que se iba, se iba para siempre, no quería pasarse la vida esperando y la última ausencia había sido demasiado larga.

Por primera vez Irene sintió rabia y tristeza. El Blanco le lamió la cara y las manos, con su lengua de terciopelo, pero Irene no encontró su cabeza ni oyó el rabo rondar saludos por entre su falda.

Los Sánchez hicieron limpieza general, el patio quedó plano, vacío, silente. Una casa nueva alejó los perfumes y por todo el barrio desapareció la sensación de terciopelos.

## LA CIUDAD SITIADA

En muchas formas se puede contar la historia, claro que la sustancia es la misma.

En el cine empezaron por el final. Los muertos en la calle, los cuerpos solitarios, abandonados, algunos en grupos, un silencio espeluznante y el pálpito de un corazón. Una serie de imágenes largas sobre los ojos abiertos, bocas abiertas, pechos al descubierto, la muerte, la muerte por todos lados, en las puertas, en las ventanas, en los caños, en las camas, sobre los techos. Muy impresionante. La cámara se detiene en la cara de un niño que va despertando, sonrío y ya la escena es otra. Una música de flautas y el lente describe el cuarto lentamente, la cama revuelta, la ropa que reposa en la silla, las paredes, una flecha, un cuadro, una cadena de reloj por siempre en la misma hora, un rayón casi dibujo enseñando rebeldías, tal vez aburrimientos. Luego, en la plaza de piedras y balcones con gradas de rosas, el grito de llamado, el niño en la ventana, el grupo abajo. Eso fue esa triste ciudad de sacrificios, de piedra y de misterio. La historia va siguiendo una cara, otra cara, una vida, otra vida, algún conflicto familiar. No falta la trama de un amor que empieza al margen de un

encuentro casual y al calor de miradas largas, esas típicas en que se descubren afinidades y se definen atracciones. Por supuesto, dentro de todo eso las cámaras y los parlamentos captan las gestiones desesperadas y desoídas de los que ven el futuro trágico. Finalmente, el asedio indefinido como un ballet guerrero, bajo la solemne música de Franck, y para el cierre de nuevo las escenas de muertos, ya no muertos desconocidos, y el silencio de lo que ya no es.

El cine puede hacer esos planteamientos casi plásticos de ir y venir sobre lo que pasa, pasará y pasó. Sin embargo, algo de emoción y de misterio, la irrealidad real de la historia no estaba en las imágenes por más hondas y sagaces que fueran.

También oí la historia a plazos, en programas radiales. Cogieron dos tipos de familias, la aristócrata y la humilde. Empezaron en la mitad de los sucesos, cuando el fin podría ser aun una posibilidad. El hilo dramático lo movieron con una dimensión de perspectivas sobre el desenlace ya conocido. Un narrador se encargó de situar la ciudad, el tiempo, el carácter de los personajes, en que se insistía con verdadera insistencia en los gestos evidentes y en los rasgos físicos. Los ojos claros, buenos, profundos, apenados y las miradas maliciosas, con envidia, cargadas de bajos propósitos. La voz del noble hecha lugar común, la voz del malo, un estereotipo de entonaciones, y las otras voces con sus tonos deliberados. Además, la maquinaria de ruidos, para la ilusión del momento y de la circunstancia. No estuvo bien, pero no estaba mal. Se pueden plantear con voces y sonidos muchas cosas, y el misterio quedar como un residuo extraño, una porción de esa bebida caliente que se dejó para tomar después, mientras se decía una frase y sin darse cuenta permaneció hasta quedarse fría, el testimonio trivial

de lo que perdió la oportunidad. La médula estuvo ahí, pero ni imágenes ni voces han podido captarla, porque no se trata de una noticia ni de un argumento, ni de una vida ni de muchas vidas, es una adivinanza, una suposición, el enigma quizás de la sinrazón.

He andado detrás de las pistas. Vi todas las fotografías y sobre ellas imaginé los momentos antes, cuando la vida sembraba agonía, una simpleza plana que enfurece, no hay contraste y parecen el espejo de los residuos, sin el porqué y el cómo. Debo confesar que no sería nunca fotógrafo, aunque tomo con frecuencia fotografías, un simple afán de testimoniar el instante sin trascendencia. Sé que la sonrisa del momento puede ser la mueca amarga eterna. Confieso que me habría gustado, como un privilegio absoluto, eso de estar entre los primeros, abrir las puertas de la muralla y entrar con la cámara y con ella violar el espanto, la tragedia, el abandono absoluto de los muertos, que no cuidan la boca abierta, las piernas mal cruzadas, los ojos con fijezas infinitas que no ven, las manos desnudas, la flaccidez perfecta. Esa cámara violadora de las más respetuosas y vírgenes posiciones. He visto las fotografías miles de veces y no dicen nada, todo el abandono guardó casi dolorosamente su secreto, el porqué de ciertos cuerpos abrazados, de ciertos cuerpos solos, de algunas ventanas quebradas, de esa desolación tan concreta y tan líquida.

Debo confesar que presté mayor atención a las autopsias. Esas sí que dicen verdades sobre las posibles líneas perdidas en laberintos, porque las convierten en mapas con diagramas de puntos y secuencias. Los resultados son todavía asombrosos: hambre, tuberculosis, disentería, choque nervioso, causa desconocida, indeterminación, paro cardíaco, anemia crónica, derrame cerebral, embolia, hemorragia sin razón explícita, parálisis

intestinal, congestión aguda en las vías respiratorias, paralización motora, hipotética hemofilia, aparente estrangulamiento, fallo vital, crisis nerviosa. Otros muchos diagnósticos extraños, de exclusivo lenguaje científico, y ni un signo de violencia o de agresión. No hay un solo indicador de crimen o de ataque. Se sabe que las murallas y las grandes puertas se cerraron en un momento determinado, las comunicaciones se cortaron, la ciudad quedó aislada, voluntariamente sitiada, y después sólo las preguntas y el misterio. El porqué es la única respuesta sobre los testimonios recogidos.

Se teme que los primeros en descubrir esta intrigante realidad hayan escondido algo, por algún pedido que pudieron encontrar... pero, si se leen con cuidado los comentarios se encuentra fácilmente su asombro, su miedo, confesados casi ingenuamente, sin propósito alguno de guardarse algún conocimiento básico. Es más, ellos fueron los primeros en hacer las más diversas y disparatadas hipótesis. Recuerdo muy bien el relato del médico que integró el grupo de los casuales descubridores. El dice que al encontrar las puertas cerradas, la muralla sin signo de vida, el silencio, hicieron muchas bromas, lanzaron piedras, gritaron hasta el cansancio. Afirma que ninguno presintió el cementerio que trataban de penetrar.

¿Ha leído su historia? La ciudad era un sitio casi decorativo, vivían del turismo, el que llegaba en grandes grupos a principios del otoño, cuando las calles encogidas en laberintos y en trampas de pequeñas plazas íntimas, con su ramaje de balcones y de puertas con mapas de llamados y esperanzas, se llenaban de flores blancas, secas y perfumadas, de hojas amarillas, que arrasaba el viento no se sabe de qué jardines, pues los botánicos nunca pudieron dar con su origen ni probar de qué vecindad o remotidad venían. Los tu-

ristas llegaban a vivir el fenómeno, a tomar fotografías y a oír la historia de la ciudad, que está en cualquier texto escolar, la forma en que empezó la construcción por unos preciosistas locos. Quisieron inmortalizarse con la ciudad perfecta, pero se enojaron en el puro comienzo de la obra. Tenían distintos criterios urbanos. Uno quería el imperio del verde, de la luz, plazas anchas y el aire corriendo libre por todas partes. El otro soñaba con los rincones húmedos, enmarañados, escondidos, la intimidad más absoluta, la ciudad cueva, sin sol, sin viento, casi sin cielo. Hicieron la muralla, en eso armonizaron y resultó una muralla esbelta, diría que casi clara, su complicación es subterránea, y es que uno trabajó hacia afuera y el otro en los cimientos. Después de que acabaron la muralla y las cuatro puertas, correspondientes a los puntos cardinales, vino el pleito y cada uno se marchó por su lado. La muralla quedó sola mucho tiempo, adentro se acumularon por años las pétalos de esa extraña flor y esas hojas doradas. Se fue haciendo célebre por el perfume. Llegaron sus primeros habitantes y cada uno hizo las casas y las calles a su manera, a su capricho una casa encima de la otra, un rincón encima de otro rincón. Los años demostraron la anarquía más absoluta y la belleza más deslumbrante de variaciones sobre un estilo inexistente, pues las casas fueron el ajuste más desordenado de espacios y de iniciativas. Como usted lo sabe, los primeros pobladores eran criminales, gente que huía de las cárceles y persecuciones, crímenes y andanzas mal encaminadas, y sin embargo nunca hubo un crimen, nunca un robo, venían y se hacían pacíficos, buenos vecinos, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Vaya usted a saber por qué. A lo mejor no hay un porqué en esta vida. La historia nos dice que ningún país vecino se interesó en la ciu-

dad. Dibujaron sus fronteras con la laguna de estos territorios, tierra de nadie, la única excepción en el mundo. Los gobiernos no querían saber de algo inútil, de más piedras en desfile permanente, que algún día se caerían, de unos rateros refugiados, enemigos de la sociedad, de unas flores secas, como todas las demás en otoño. Y, la ciudad fue creciendo a la mano de Dios, que es mano generosa, nunca faltaron alimentos, agua, ayuda, visitantes bondadosos dispuestos a prestar su colaboración, a regalar dinero, a enseñar algo nuevo. En la ciudad los ladrones se volvieron señores, las prostitutas dueñas de casa, los criminales amantes de la paz y del respeto mutuo, los bribones en filósofos del buen pensar. ¿Era el aire, la luz, las flores secas y perfumadas, Dios que goza con hacer milagros en determinadas regiones de la tierra o ese poder construir una casa propia en un sitio libre? La historia no lo dice, esas cosas nunca las aclara la historia. Lo que se sabe es que era una ciudad sin crímenes y así siguió hasta que todos murieron, todos, la ciudad cerrada y la muerte puertas adentro.

De teorías ni hablemos. Hay quienes probaron científicamente ciertas cosas, que deshicieron teorías, por ejemplo el aire no estaba envenenado, ni lo pudo estar, el agua era pura, sin contaminación alguna, las autopsias no probaron la existencia de una peste, no hubo muestras de enemigos cercanos o lejanos.

Los psicólogos han hablado de un terror colectivo ante una amenaza indeterminada, un terror que no se pudo enfrentar porque un eros sublimizado había desprovisto de los elementales instintos defensivos. Los sociólogos especularon con un inesperado cambio de costumbres, que produjo violentamente la muerte. Se inclina la mayoría por la forma de un nuevo gobierno con una inadaptación de mentalidades y la guerra

civil como corolario. Los antropólogos han señalado un destino de muerte, marcado desde el comienzo, como en toda colectividad viva e inteligente. Aseguran que el primer signo de educación programada que dio la ciudad fue la de enseñar a morir de pie, sin protesta, por voluntad de un gesto afirmativo superior. Los filósofos hablan de lo que se unió por voluntad se desunió por orden de una voluntad gestadora, que entraña un ente colectivo, el que sin ser una suma de seres tampoco era una voluntad masiva de unidades, sino más bien un acuerdo de ideas en un plano sin dialéctica, expresión sintética y apriorística de una sinrazón lógica, fundamentada en un final sin semejanza alguna con el principio, es decir un efecto que se libera de la causa. Los teólogos desentrañan el misterio en la voluntad de Dios y en el designio raro de un pueblo con una comunicación extrasensorial con el más allá, una manera nueva de depuración, lograda en un momento de identificaciones futuras, que por supuesto descansan en la muerte. Los economistas han encontrado que la ciudad no tenía un presupuesto balanceado, que la inflación era una amenaza constante y las flores secas habían empezado a escasear, el otoño pasado no cayeron, los visitantes se retiraron desilusionados, el turismo iba a declinar, por lo tanto vaticinaron el suicidio económico. Los abogados dicen que fue la falta de legislación; una ciudad sin leyes, sin reglas, sin orden escrito, previamente establecido, sin saber lo que debo hacer y lo que no debo, no puede sobrevivir. Ellos creen que todo empezó por una leve disputa que no se pudo resolver por falta de leyes, se complicó y fue matando a la gente de angustia; aseguran que los escritos, los sellos, los tribunales son una sustancia que llena de esperanzas o de resignación a la gente; sin ellos no hay nada más que la muerte.

Una hipótesis interesante es la de los platillos voladores, un aterrizaje de la gente de otro mundo y una muerte colectiva de origen desconocido.

—Usted, ¿qué piensa?

—Mire, yo he visto las fotografías, he examinado las películas, he repasado la historia, he leído cuanto se ha escrito, he recorrido una y otra vez lo que queda de la ciudad. Creo que lo que pasó, nunca pasó. La imaginación humana es grande, hace fábula de lo más increíble en un instante. ¿Por qué no pensar que lo inventó todo? A lo mejor no hubo tal encierro, ni tantas muertes, ni cadáveres. Alguien lo imaginó y con actores se logra una magnífica escena. Los testimonios son un gran truco y nada más. Bajo el cielo no hay más misterio que la invención del hombre.

Y yo, yo que he hablado de esta historia, ¿qué creo yo? Yo tengo mi propia teoría, pero no me he atrevido a decirla, no soy teólogo, ni psicólogo, ni sociólogo, ni filósofo. Pertenezco a los que los demás piensan que no pienso, ni existo. Por eso puedo decir que estuve en la ciudad, que viví en ella, que morí en una calle, en el momento del fin. Y sé, por todo eso, que la ciudad murió porque llegó su tiempo de morir. De esa concreta realidad que es desprenderse de uno mismo y caminar más allá, sin otro fin, sin otro destino, salir, emigrar, no saber a dónde se llega. Tengo mis pruebas, pero, ¿quién me va a hacer caso? No poseo laboratorio, no he sacado estadísticas, ni he hecho investigaciones, escaseo en paciencias y soy muy torpe en virtudes de observación. Sólo creo. Creo en los finales, que son finales, sin otra explicación, igual que las cortinas se cierran en el teatro, la batuta descansa en los desconciertos, la ambulancia recoge agonía y entrega la muerte en el hospital, yo te digo adiós y el adiós hunde en el no encuentro tu

cara olvidada, tu voz desconocida, porque tú, el ignorado, estás desde siempre muerto para mí. Creo en un verso que recitaba de niño con otros niños de la ciudad. Estaba inconclusamente escrito en las murallas: "Aquí se entra con vida y se sale con más vida de la vida que se va perdiendo en el camino hacia la vida." En la ciudad nadie pensó en construir una iglesia y fue la única ciudad sin iglesias y sin religión. ¿En qué se creía? Sólo en la vida. Quien cree en la vida cree en el tiempo. Era una ciudad de relojes. Las torres de la ciudad tuvieron un reloj con las doce horas dobles. En cada esquina de encrucijadas, en cada encuentro de pasadizos, la única introducción y señal era un reloj. Todos se pararon en la misma hora: las dos en punto de la tarde o de la mañana. ¿Fue la hora en que se cerraron las puertas? ¿Fue la hora en que la muerte alejó al último testigo? ¿Quién lo puede saber? Nadie, sólo yo y sé sin duda que esa hora era la hora en que se acabó la vida, la vida de tiempo, la sangre viva de los seres vivos, el mecanismo de los relojes, la ciudad como ciudad, las flores del otoño. Todo murió para que siguiera viviendo la realidad del poema.

## ORGIA SOBRE UN ARABESCO

No hay nada que ocupe más lugar que las palabras. (Perdón: enciendo un cigarro.) Vi con mis propios ojos como el tipo ponía cosas, paisajes, sensaciones, mujeres, razas, aparatos y qué sé yo cuántas vainas más. No sé si los otros también lo vieron. En los ojos de los otros hay siempre un velo, por eso no se sabe a ciencia cierta qué están viendo o dejando de ver. Desconfío realmente de lo que ven, a veces hasta parece que miran y agarran, porque no están ciegos, sin embargo ese ver de sentir y de crear tengo dudas de que lo compartan. (No andaría el mundo así como anda, si el ser humano viera lo que yo veo. Perdón. Es hora de empezar.)

El bar estaba oscuro, más bien oscurecido. Ese artificio de pintar los vidrios, cerrar las cortinas y estacionar el humo. (A lo mejor a eso se deben mis dudas o tal vez haya necesidad de anteojos para ver lo que necesito ver.) Vi la mesa con los tipos en plena conversación, para concretar sólo uno era el que conversaba, los demás oían. Lo vi todo desde la barra, hasta casi oí unas palabras sobre un viaje. Pensé en lo vital de la sociabilidad. (Confieso: pocas veces tengo oportunidad de conversar, existe algo —más bien muchos—

que me roban las palabras, he creído que hay un turno, sin embargo nunca logro que me lo den y eso a pesar de que me acomodo, hago silencio cuando los otros hablan, me deslizo por cualquier mutis para contar alguna cosita y en ese instante me caen todas las voces, desde las bíblicas hasta las de se me olvidaba contarles.)

Con aplomo, soy un aplomado, busqué una silla y los abordé con ese pasaje gratuito de me lo permiten. (La pretensión de lo gratuito es la soberanía de la irrealidad.) Me recibieron bien, puse mi copa en la mesa, me acercaron un cenicero y la única sonrisa de sorpresa interrogadora se congeló instantáneamente ante la naturalidad de los otros. Cuatro en total, conmigo cinco. Había adivinado desde hace rato la naturaleza de cada uno, nunca pude confirmar la certeza de mis adivinanzas, hecho que no tiene ninguna importancia: los demás son en forma rotunda para nosotros lo que creemos que son. (A estas horas debía estar haciendo otra cosa, soy un hombre lleno de compromisos, aunque no comprometido. La diferencia sólo pueden apuntarla los que manejan el barco y no se pueden pasear por la borda porque les da la gana.) Oficinistas, todos oficinistas, pero el que hablaba de un rango superior. Sólo los oficinistas se desabotonan en esa forma el cuello y dejan la corbata nadando entre la tela y la carne. Esas pequeñas formas de disconformidad ante los uniformes relacionados con el salario y ante los salarios relacionados con los uniformes. Uno de ellos, indiscutiblemente contador, pues aplastó la servilleta como una hoja del libro mayor y a la derecha colocó cerillos y a la izquierda mondadientes, en quién sabe qué operación de balance. El otro escribiente, el de la sonrisa sorpresa, conforme a la costumbre de recibir clientes y pasarlos al otro escritorio. A mí seguramente quería acomodarme en la misma forma. El ter-

cero auxiliar, sólo los auxiliares descargan sus nervios rascándose cuanta ronchita encuentran en la piel. Los subordinados escuchaban con gran atención al jefe, claro una atención que permitía a uno rascarse, al otro inventar la asistencia al bar y el movimiento de los camareros (para ser exacto uno que se movía con una destreza de danza moderna, con matices de expresión amanerada, un bailarín frustrado, como hay tantos en la vida) y el de mi derecha con su cuadro de balance, al que restaba de vez en cuando un cerillo de un lado y un mondadientes del otro.

El jefe, con sus facciones bruscas, tanto por la costumbre de mando como por la poca afinidad estética de sus antecesores, movía las manos lentamente mientras hablaba. Un genio de la escena, con perfecto dominio de un amontonamiento de palabras, no muy lógicas y a veces hasta defectuosas desde el punto de vista sintáctico (estoy seguro de que su ortografía es pésima), pero tan sugerentes y rápidas, que no daban tiempo de ahondar una imagen. Sin embargo, verdaderamente un movilizador del lenguaje con todo y sus raíces etimológicas. (Debía bañarme para ver cómo sigo, siento que estoy a punto de complicarme.)

En el momento de mi entrada, en lo que supuse era el relato de un viaje, iba ya por Jordania. Debo aclarar que no era una conversación muy didáctica, carecía de fuerza dramática y de espíritu catedrático. El tipo decía más o menos: "Los árabes, qué mundo raro, extraño, complejo, las cosas que me pasaron, tenía un poco de miedo, es natural, solo, esas calles estrechas y tanta gente, quizás el no poder entenderse o las ropas, pero fue una sensación única." Empecé a ver los árabes, sin ninguna originalidad por supuesto, tal como salen en los documentales o en las películas donde llegan los refuerzos del regimiento

cuando ya sólo queda el héroe y su amigo está herido y necesita con urgencia tratamiento médico. "En el hotel me dijeron que tuviera cuidado con las mujeres, ladronas, sucias, enfermas." Entonces veo a una árabe frente a mí y sé que debajo de sus mantos encontraré un sexo enorme, con cucarachas, y los piojos correrán por los pelos negros y grasosos como si fueran diminutas arañas que han olvidado su oficio de tejer y prefieren balancearse igual a los monos en esas jaulas del zoológico en que consumen su triste impaciencia. Necesito decir algo para quitarme aquella mujer de encima, que me quiere llevar con ella a un cuarto oscuro, al fondo de una calle laberinto. No puedo, el tipo hablaba de las comidas y la mesa se llenó de un vino espeso, a punto de agriarse, y de pan sin sal y de teteras con largos picos por donde sale un olor de aceites alcanforados, mientras un pez con escamas café oscuro muestra la miseria de la sal que disecó sus ojos abiertos, y unos pimentones rojo violento se admiran de mi asco con repercusiones de malos sabores en la boca. El tipo habló de una presa y la sensación del agua en algún punto que no veía claramente pero sentía próximo, me refrescó. (Una taza de café, eso es lo que necesito.)

Las cosas que vinieron luego son casi increíbles. Pasé por las experiencias de un avión que no puede aterrizar porque el aparato para ello no funciona (se me olvidó el nombre y no tengo un diccionario a mano) y así llego a Atenas, donde todo es una plaga, hasta las ruinas, demasiado ruinas.

Qué desgracia, la árabe me guiña el ojo e insiste en que la siga, pero yo no puedo, estoy ocupado, estoy en Atenas y el Partenón no lo veo bien, porque el tipo no lo menciona y apenas si recuerdo lo que me

dijeron que era, en todo caso no es monumento cristiano.

No sé si el tipo estaba exagerando o eran mis propios ojos los que me traicionaban en una especie de episodios de cowboy perseguido, humillado, a punto de sacar la pistola para matar al aviador, a los ladrones de la aduana, a los guías de turistas, a los dueños de hotel que mezquindaban la comida o a ese tal por cual que me preguntó: ¿What do you want?

El tipo me miraba con orgullo, en mis ojos seguramente se desplomaba la admiración. Lo dicho: soy un desplomado. Sobre mi ignorancia de vacaciones en el puerto y vueltas cortas por la provincia, el tipo podía inventar que había estado en Atlántida, en esos tours de viaje primero y pague después. Sin embargo, o se le agotó la imaginación o se dio cuenta del cansancio de los demás, claro después de detectar mi desplomo, y entonces empezó a hablar de una cacería donde murió uno que todos conocían y sobre quien el contabilista se atrevió a llenar el poco espacio que quedaba ya ocupado por los árabes, los griegos, el vino, las comidas (el avión lo estacioné afuera), diciendo que fue natural su muerte y no accidental, pues el muerto siempre tuvo cara de conejo. Cuando me iba a reír del chiste, un poco atrasado por acomodar al muerto conejo con sus grandes y nerviosas orejas, ya el jefe estaba hablando de la época en que su abuelo compró un caballo de pura raza, por nada menos que cincuenta pesos. ¡Oh tiempos los tiempos que se cuentan en pesos! El caballo resultó un caballo flaco, displicente y con el mal humor que siempre le he atribuido a los ingleses, aunque nunca he sabido qué relación hay entre los caballos y los ingleses, salvo el grand derby y la reina reumática, llena de niebla, que siempre pierde y con amargura

condecora al ganador. Coloqué al caballo junto al bar y durante el resto de la charla tuve miedo de que hiciera una de esas gracias tanto de evacuación como de evasión.

A esas alturas el tipo estaba hablando de que el hombre por excelencia es un pasajero y cada vez que se estaciona no hace otra cosa que entregarse a su propia decadencia. Se me ocurrió que se le olvidaba el pasaje hacia la muerte, pero no tuve tiempo de mencionarlo. En ese momento apuntó que había asegurado el nexo que existía entre las mariposas y su mala suerte. Una mariposa en el camino le causó un accidente, mariposas en salsa blanca lo indigestaban, una mariposa en la cama se paseó en la única mujer que le interesaba (no aclaró muy bien por qué y cómo, pero supongo que era una de esas mariposas con precio fijo) y una mariposa en la oficina casi le cuesta el empleo (esto lo dijo en un tono de tragedia que no admitía ningún otro detalle, pero evidentemente era de la misma clase de mariposas con carnet de salud).

Las mariposas entraron en el bar con una espontaneidad decorativa que envidiarían los más acreditados escenógrafos. En hileras o en círculos, según las circunstancias como cualquier hijo de vecino, se acomodaron en lámparas, candeleros, cordones y muebles. Algunas encima de los cristales parecían un adorno oriental. Hubo unas necias que buscaron las interioridades del bar, para dar vueltas alrededor de las luces en la cocina y en los cuartos de hombres y mujeres (esos que eternamente distinguen los sexos y obligan a las parejas más unidas a desunirse por razones que todavía nadie ha escrito y todo el mundo acepta, quizás se llamen decencia, cada cosa tiene su nombre en esta tierra). Las más coquetas se instalaron de tapones para desperfilar las botellas. El tipo cambió

de tema, habló de los automóviles, especialmente del que acababa de comprar, ocho cilindros, automático, con frenos de aire y cuatro puertas.

Todavía sin apaciguar las mariposas, coloqué el auto en un cuadro rojo vacío de contenido (a lo mejor era un cuadro abstracto), pues la pura verdad es que era tan ideal como cualquier paisaje, consumía poca gasolina, bueno, silencioso como la deuda que no nos pagan, nunca molestaba, el vehículo héroe que uno nunca encuentra. Se quedó allí un poco inconcluso porque no tuve tiempo de perfeccionarlo, el tipo pasó a otro tema: la ropa.

(Se extrañará que no aclare cómo pasaba de un asunto a otro. Debo confesar que esas conexiones las perdí apurado en colocar mis cosas. Además perdonen que no confiese la marca del carro, no quiero que me acusen de propagandista, porque en eso no tengo oficio ni beneficio.) El saco azul marino, de lana inglesa, que compró para los pantalones grises de tiro corto, se los puse a un muchacho esbelto sentado solitario en la mesa de la esquina. Para eso tuve que desvestirlo y el muchacho no quería por la camiseta rota y los calzoncillos que no se los había cambiado desde el último domingo. Al fin pude. Ya el tipo hablaba de los veranos y las playas, aquello no permitía una tregua, sentí la arena entre los dedos y el sonido del oleaje me llegó algo forzado. (Necesito un baño, estoy sudando, perdonen, me voy a cepillar los dientes y a lavar la cara.)

No hubo pausas, a la playa siguió la pesca, los pescados los mandé directamente a la cocina, tal y como los sueñan los cocineros, frescos y todavía pataleando.

Después pasó a los relojes, no sé si era en Suiza o diz que suizos, tuve que colocarme ocho en ambas muñecas, hasta parecer un negociante de mercado negro.

La árabe me pellizcó, te conozco tal por cual, te conozco, no soy yo, son los aderezos.

Siguió sin punto y coma con una anécdota de su tía política, dueña de un abastecedor en un lugar montañoso y húmedo donde crecen los musgos hasta en la suela de los zapatos. Unos musgos de tal autosuficiencia vitamínica que suavizaban las piedras con una finura de tapices. Rápidamente alfombré de verde todo el bar, incluso me alcanzó para algunas paredes. (Perdón, esta interrupción vale por un vaso de agua, me dan sed las imágenes y estoy a punto de convulsión, no sé qué pasará con ustedes.)

Con las alfombras la voz del tipo adquirió un tono apagado que me gustó mucho, ya me cansaban ciertas notas agudas en las i y en las u. La tía no pude verla, bendita sea mi fortuna y la de ella, se hubiera sentido extraña, no por las mariposas, ni los relojes, ni el muchacho de azul marino, ni el caballo (que hasta el momento no se había evacuado ni evadido), ni el muerto cara de conejo, ni la comida, ni el vino, ni el automóvil, ni el avión. Definitivamente no le hubieran gustado los árabes (menos la árabe que me hacía cosquillas ya en la parte superior de las piernas), pero se hubiera enamorado de un griego, ¡ah los griegos de Elena, Ariadna y Yocasta, éstos eran capaces de embarazar a una culebra!

A todo esto el tipo ya hablaba de música, dijo que de los sonidos, conciertos y discos, para él lo más grato era oír una banda en un parque con barandas y bancas de cemento (todas las sonoridades de banda en un parque con barandas y bancas son de él, no me gusta atribuirme melodías ajenas). La banda entusiasmó a los árabes y algunos de ellos se hincaron, cabeza arriba y cabeza abajo invocaron a Alá. (Alá y Mahoma, la combinación sagrada de mosaicos con mue-

cín en el fondo de las mezquitas, que no deben confundirse con las sinagogas.) El caballo movió la cola con un ritmo militar, a mí los pies me saltaron con el entusiasmo de guerras vividas en siglos pasados, cuando no hay peligro de bombas ni de mostrar simpatías ni de alterar los nervios de los terroristas.

Me distraje un poco y entré de pronto al tema de la cordal que le sacaron a los veintitantos, porque le había nacido hacia adentro. Se me abrió un hueco en el extremo de la encía superior, que aún me duele con las comidas saladas y con las picantes.

Habló de los amaneceres y al dolor se unió el frío, y dijo algo muy solemne que se me quiso olvidar para repetirlo como mío: el amanecer revela la letanía inconclusa de un tren varado en el sueño. Entonces comprendí: entre el tipo y el jefe no había contacto alguno, estaba ante un poeta con tres amigos artistas, porque el del balance debía ser escultor, el escribiente director de teatro (con su manía de contar los asistentes y las puestas) y el que se rascaba sin duda era concertista de guitarra, esos que se acostumbran al instrumento y siguen tocando cuanto encuentran.

Y no tuve tiempo de integrar los cuerpos a las caras de esas nuevas naturalezas de mis compañeros, porque el poeta mencionó un juego de pelota y una bola enorme cayó en el centro del bar quebrando vasos, botellas y ceniceros de la mesa que ocupaban dos señoras, seguramente domiciliadas en la avenida novena, en donde a una casa amarilla sigue otra verde. Los árabes cabecearon la bola, dos mariposas quedaron aplastadas contra el cielo raso; los griegos la patearon hacia el bar y el caballo galopó hacia la puerta dejando un sendero claro de cosas deshechas. Un árabe se colocó ante el pasillo de los apartaderos de hombres y mujeres, y un griego hizo lo mismo frente a la

puerta de salida. La bola iba y venía tras la lucha de arrebatos en que tomaban parte piernas, manos y dentaduras.

El muchacho de azul marino recibió un bolazo patético. La bola limpió de un solo rodar el pan, el vino y los pescados de nuestra mesa, para aliviar así el cuadro simbólico del suicidio grasiento en protesta por el no apetito o por la dieta. El musgo era un recuento de patinazos y la banda empezó a tocar el Danubio Azul con un estribillo de dale duro.

El poeta, de acuerdo con su costumbre de dejarlo todo en el momento de las grandes revelaciones, salió con sus amigos a la calle, sin siquiera preocuparse de las cuentas y los daños. Por supuesto, no era poeta, ahora lo veo claro. Era un simple general con sus secuaces (el teniente, el capitán, el coronel), quienes sin duda alguna se estaban entrenando para un golpe de estado.

Un golpe de estado: he aquí la clave. Seguramente con la ayuda de los árabes y de los griegos, con el pretexto del muerto conejo. El gobierno tiene la culpa de todo, es fácil acusarlo de criminal, de ladrón y de mentiroso. Grité que yo era inocente, por si las moscas, y aseguré que no tenía culpa de nada, por aquello de las lenguas despiadadas.

Las muertas mariposas me asustaron demasiado, además no me gustan los juegos de pelota. Sin saber cuántos goles hicieron los griegos y cuántos los árabes, me largué en el automóvil del general, con la árabe que me empezó a gustar después de insistir tanto. Debo confesar que su sexo no era tan grande como lo había imaginado. Para ser honesto no le encontré piojos ni marañas; delgada y de buena figura sin los mantos, era sabia en las aventuras de los caballos libres que se encuentran en la llanura y corren y

corren hacia los abismos, seguros de parar a tiempo. No la pude seguir en la cabalgadura, necesitaba jinete de dunas y yo soy jinete motorizado. Trató de ser complaciente y se lo agradezco. Por otra parte, a pesar de ser árabe legítima, con colgaduras de siglos, no puso cosas sobre las palabras que me dijo, o quizás sucedió que felizmente no las entendí.

Ahora he resuelto el problema: sigo viendo mucho, pero no creo en lo que veo.

## EL TRUCO FLORIDO

Flores y flores y más flores, tuvo que colocarlas en el piso de los pasillos, en la cocina, en el baño, porque el comedor, la sala y el zaguán del frente ya no aguantaban las canastas, los floreros, los ramos que se quedaron sin vasos, se agotaron los recipientes y los vecinos dijeron que gracias y gracias pero ya era suficiente con los dieciocho arreglos que les había endosado. En la puerta no cesó el toquido de firme y aquí tiene, ¿hay una boda?, y aún ahora vuelven a tocar, pero que toquen hasta que se revienten, no hay campo para más.

Ante cada uno de los primeros cien ramos se preguntó impaciente por qué, no había razón, un desconocido, un recién llegado sin ningún mérito, una persona que en ninguna parte había recibido una simple bienvenida, salvo las anónimas, impersonales, rabiamente frías de las carreteras y de los aeropuertos. Alegó la imposibilidad, que se deshizo ante la coincidencia perfecta de su nombre y de su dirección. Pero tantas, tantas flores, ni siquiera posibles para su funeral, le sobraban los dedos de la mano para contar los pocos amigos regados en la distancia y en el tiempo, ninguno con medios para comprar flores, ni espíritu

para hacerlo, y eso que no sabían de ese odio escondido, tan íntimo, a los pétalos, a los aromas, a las corolas, la belleza declamante de las rosas, de las gladiolas, de los tulipanes, de las violetas, de las salvajes motillas de los campos, porque cerraba los ojos ante los jardines, huía de las comparaciones con la fragancia y la gracia de esas cosas inanimadas que suavizan cobardemente el rostro duro, deforme y apestoso que está debajo de todo.

Al diablo con las flores y estaban ahí, donde no cabían ni eran deseadas, a pesar de ese afán tan secreto de bienvenidas, de cordialidades, un simple punto de apoyo y nada más. Se ahogaba, el asma, los estornudos, aquel saber que se iba el aire, se lo estaban robando, además de inundarlo, de sacarlo de su casa con más altanería que las desconfianzas con que tropezaba siempre porque tenía los ojos demasiado abiertos o no era el tipo gracioso o no le daban tiempo para retocar las fotografías que le hacían los demás. Nunca, esa es la condena, nunca la afirmación, ni el yo ni el usted en relieve. De por sí ya es tarde, un tarde lleno de flores que no entiende y aquella perseverancia en tocar la puerta para saturarlo de basura y más basura, porque eso son al fin y al cabo basuras de adornos frívolos, de mensajes indefinidos, lenguaje de maricones, símbolos de cobardías y pasatiempo de figurones hipócritas. También pasaporte, porque nunca son baratas, siempre son caras, no se regalan las flores, jamás se envían las silvestres, se trata de las especiales y por detrás va el acépteme, las facturas del favor, el téngame en cuenta.

La furia encendió las flores y sus colores se hicieron un aspaviento de subidas ruidosas en pinturas y aromas, hasta lograr los toques de la mayor evidencia estética con el derrame natural de un esplendor húme-

do, innegable, perfumado, conforme a la redondez que adquiere el desprendimiento absoluto de un fruto perfecto, el niño, la uña, la bala, el esqueleto, y aún más bello porque la marchitez tendrá un compás de recogimiento en la adivinanza clara de que hubo una hermosura expresiva y dadivosa.

Invasión, eso era todo, una invasión planeada a la ridícula pertenencia suya, completamente ajena o vulgarmente alquilada, como quiera llamársela, porque su espacio era una cosa transparente que le pertenecía en relación con su no pertenencia a los demás, como un signo imposible de dibujar porque tenía un color no previsto en la gama, o porque aún no se ha entendido una señal que es común a los otros, o porque todo estaba ocupado y sobraba como un ser entero que quería acomodarse con su nombre y un legado inconcreto de pensamientos a medio hacer, que no se pueden escribir y comunicar pues están incompletos, y esa es su única legitimidad, su absoluta identificación de permanencia inconclusa.

Quizás al principio la sorpresa brincó sus propias confirmaciones, pero ahora que eran tantas y seguían tocando la puerta, le estorbaban más y más, le regateaban su poco espacio, ya el problema del tiempo lo había resuelto con cierta facilidad: era cosa de nacer todos los días, ayunar con el desayuno la lactancia de los malos recuerdos, hacer con la musculatura de la lascivia plena la orgía del mediodía para abusar de una organización puesta al servicio de la ceremonia glandular, luego atardecer con esa agonía que da la sensación de haberse castrado las alas para un vuelo que detrás de la ilusión del viaje sólo tenía una meta de catástrofe, y entonces entrar en la noche con el equipaje de la muerte, que envuelve un padrenuestro huérfano y una avemaría casquivana, para cavar el

insomnio y decirse sin esperanza estoy despierto en un mundo dormido frente al humor cambiante de la luna, al cementerio viajero de las estrellas y al camino sonámbulo de soles rotundos sobre la espalda de un pobre hombre, con una lástima inconsolable de sí mismo y un miedo pavoroso de encontrar su pobreza sin posible espejo mágico que sonría cuando sonrío y llora cuando llora.

Pero las flores podrían ser algo peor, caramelos derretidos para matar la fórmula de la crema y el azúcar y el cacao y la vainilla, o ampollas de insuficiente vitalidad, o paquetes de lazos y cintas para un ruido de cristales rotos, o humo de la marihuana que fuman alegremente los otros, o letanías de consuelo ante las puertas cerradas con ecos de banquete, o cristos anónimos que exalten la vulgaridad del sufrimiento. Sin embargo, eran flores y flores, con sus perfumes tranquilos y sus bellos pétalos listos para simbolizar todo lo falso, todo lo eternamente falso, todo lo válidamente falso.

Cuando se dio cuenta del castigo, hizo en la calle una barricada con rosas y claveles en la vanguardia, azucenas y tulipanes en los flancos y muchas margaritas señalaron los transportes de un lado a otro de las canastas, arreglos y ramos con gladiolas y lirios desgajados. Ni una flor quedó en la casa, todas afuera en la mitad de la calle, junto a las últimas entregas que hicieron mensajeros desvelados, totalmente convencidos de que habían visto florecer la locura. Después durmió muy tranquilo, como duermen los personajes de los cuentos, sin saber si se lavan los dientes, usan pijama, se acuestan en una cama, se ladean para algún rincón, si cuentan antes de dormirse o se duermen punto y seguido porque el verbo es mágico.

A la mañana siguiente recibió una condecoración

con tres estrellas solares adornando un girasol perdido y de proporciones figuradas, en nombre de la ciudadanía agradecida por aquel esfuerzo incatalogable de embellecer la calle. Además, un pergamino firmado por el gobernador, en mérito a su iniciativa, una orden para tomarse una fotografía de medio pecho para arriba, sonriente, que se colocaría en el pabellón de los prohombres, y una invitación para disertar sobre las flores en el local destinado a las fiestas cívicas.

Ah, las flores, las flores, las benditas flores, esos duendes de los paisajes, esa explosión de la alegría, esa generosidad sin réplica de la tierra, ese juego de amor por el te quieren mucho, poquito o nada.

Cuando le llegaron las facturas con la evidencia de órdenes propias, solicitudes propias, encargos propios, se sonrió con la exactitud de una rosa abierta. Después de muchos días se marchitó, tal vez se confió demasiado en el esplendor, que siempre acaba por durar un rato, casi un ratito.

## METASTASIS

Aquella vista de la carretera. Hasta allá, hasta donde crecían los eucaliptos. Cuando llegaba hasta los eucaliptos seguía hasta el puente. Desde el río subía hasta la colina y después otra punta, en la colina alta.

Se iban los valientes. Los que no tenían miedo, esos de las manos duras que cogen lo que deben coger, y también aprenden, oyen, entienden lo que se les dice, no se acobardan, no tiemblan. Pero yo... este hueco de tantos años y este mirar a la carretera y sentir miedo.

Tantas veces el me voy, como un grito, como un reproche, como una amenaza. Cuando se murió la hermana menor lo dijo sollozando, porque ella se hubiera ido. Lo supo desde que la vio corriendo por los potreros, con su cara limpia de viento, su mirada atrevida, esa sangre alegre que no la dejaba estarse quieta, sentarse en la mecedora con las manos abandonadas.

El me voy de repetirse perdió toda la fuerza, toda la claridad. La primera vez que lo dijo la volvieron a ver con respeto, ahora les daba lo mismo que lo repitiera y repitiera.

Aquella ventana abierta a la carretera. Aquel sonido de automóviles, de prisas, de lenguas extrañas, con ese acento seguro del viajante, del que sabe su camino. Aquel adivinar en las madrugadas la bulla de otros sitios, sobre el canto cansado de los pájaros, el látigo de la lluvia tempranera o los mugidos del encierro insostenible ante los primeros albos. Eso que podía dejar de oír para siempre, si en realidad se decidía a salir del hueco. Y, después, la voz pegajosa del padre, siempre con las mismas palabras y luego las quejas de los demás ante el amanecer frío, que seguramente rompía tantas cosas, ese recogimiento forzado de las noches y de las camas que lleva a pensar y a soñar, a imaginar la aventura reversible del valor y del miedo.

Allá el convento y las campanas y el misterio de lo encalado, siempre blanco como si fuera mágico y se adhiriera a las paredes para que el verde se le acercara con un gesto decorativo. Aquellos cantos que repetía automáticamente en el planchador y los rezos que le venían a la cabeza cuando las gallinas corrían tras los granos, con ese gesto tuyo y mío del arrebató, tan ferozmente mezquino. No, el convento no, demasiado blanco, demasiado opaco, un hueco más hondo que su propio hueco. Y veía a las hermanas con rabia y las desvestía de sus ropajes por el solo gusto de saberlas desnudas, ridículas, con la vergüenza de todos, pero no había forma de desnudar esas miradas piadosas, de cantos y manos juntas.

Lo pensó, era una alternativa, no podía negarlo. La carretera, el convento. Todo lo había vivido. Era imposible esconderse, limitarse, quedarse por siempre en la ventana. En el río su cuerpo desnudo era un desafío que encontró miradas, manos, escalofríos de horas, voluntades dobladas sobre su sexo. Pero sólo ella lo sabía. Era su secreto. En el convento se podía ence-

rrar como un fruto deseado y la desnudez del agua se transformaría en la avidez de lo prohibido. Pero, la carretera era un sonido más agudo, casi estridente, muchas veces sintió que la llamaba con promesas de encuentros y tesoros. Por eso quizás se negaba a caminar y caminar, en el fondo era mezquina, muy mezquina, casi capaz de pelear con las gallinas por un grano de maíz.

Cuando dijo me voy, nadie la volvió a ver, ni la llamaron, ni le hicieron homenajes de despedidas. Esperó en la puerta una reacción. La madre siguió tejiendo, los hermanos no levantaron los ojos, el padre continuó contando las cartas de la baraja. Había esperado un consejo. Quizás hasta una súplica de que se quedara. Los tiempos estaban malos, los tiempos siempre están malos. Tal vez una boca menos era un alivio. Pero, no podía ser así. Lo que pasaba es que no le creían. De creerle se hubieran burlado y aquella burla y el coraje de las sonrisas, la llevarían lejos con rabia, con odio. Nada. Por si no la oyeron lo repitió, lo repitió cada vez en voz más alta. Me voy, me voy, me voy. Y se estuvo allí en la puerta y el paquete le empezó a sudar entre las manos, hasta que al fin se le escapó por el camino de piedrecillas. Si se hubiera muerto, la madre habría buscado con pereza la sábana más entera de la casa para amortajarla. Simplemente se estaba yendo y eso no le importaba. Los muertos a enterrarlos, a los idos ni nombrarlos, pueden aparecer de nuevo con un dejo de tristeza. Ninguno regresa triunfante. Siempre vuelven cabizbajos y le sonríen a los árboles como viejos amigos. Pueden traer las manos llenas; pero el vacío de sus almas huele feo, muy feo. Y cuando hablan, cuando hablan algo, la voz les tiembla como si detrás anduvieran las lágrimas. La puerta se angostó y la carretera se hizo un túnel

oscuro. Ese día amaneció sobre sus ojos abiertos. Pudo medir sentada en la puerta cuán lento era el amanecer.

El portón del convento siempre necesitó aceite. La lluvia había fertilizado el herrumbre y aquel crujido de encierros hasta la muerte. Su mano lo rozó varias veces al atardecer, cuando era casi imposible perturbar los cantos y las oraciones de perdón y de misericordia. Un miedo de paredes blancas se le hundía en el estómago, siempre el mismo miedo de ahogarse entre los muros y las velas. ¡Si tuviera por lo menos el fuego de un remordimiento! Un paso hacia atrás y el portón quedó inmóvil.

Empezó poco a poco. Se fue por el camino el mismo día que entró al convento. Desde el árbol lo vio todo. Cuando llegó a la punta de la colina más alta se dijo adiós, adiós para siempre. En el río dejó la voluptuosidad de su cuerpo, aquel hombre de agua y suavidad de papiros le castró los pechos y le cerró el sexo mientras lamía y lamía la plenitud estéril de su vientre. El convento no era tan blanco como lo había imaginado, la lluvia, el polvo y las telarañas violaron lentamente la cal de las paredes y decoraron con dedos torpes un laberinto de figuras sugerentes, donde se encontraba un ojo caído, casi a punto de rodar hacia el suelo, y también una mano crispada y altanera siempre acusando, y un rostro por hacerse que a veces gemía y otras tan sólo miraba y seguía con la mirada.

Al llegar a las primeras casas y pedir un poco de agua, encontró que el rosario es un juego matemático que va brincando como en las rondas y dice cosas tal vez hermosas si se piensa en el río, en los papiros, en la palidez de las madrugadas.

Cuando tropezó con las caras duras y desconfiadas, que le preguntaron por qué, cómo y cuándo, también supo que las columnas frías de los corredores se vuel-

ven familiares dentro de su silencio indiferente, como los hermanos y la madre y el padre contando siempre las cartas de la baraja.

Allí, sin más camino que aquel hombre, quizás sucio o a punto de serlo por ese olor a fermento de mortadelas y cerveza, frente al altar con unos ojos que le pedía prestados a las velas, para calzar con la ceremonia de inciensos y plegarias.

Venía de una parte hacia otra con la velocidad de su propia imprecisión. Cantos y gritos, conversaciones violentas y pasos silenciosos por los corredores. Una cama de ropas revueltas, las tablas lisas para la penitencia del frío. Una contemplación de espejos para confirmar sonrisas, luego aquella búsqueda de lo blanco por dentro, sin siquiera un pensamiento oscuro. Aquel rostro que se maduraba en experiencias con la seguridad de acumular secretos, y aquel otro cada vez más angosto y seco. Los dos pares de ojos tan distintos: unos desafiantes, audaces, casi rabiosos; los otros cada vez más humildes, más perdidos tras los perfiles puros que exigen no ver, no rumiar, encegucerse de pronto. Una boca carnosa, ávida, sabia como una mano, ésta como si las plegarias se hubieran comido los labios. Los cuerpos qué diferentes, el cuerpo que se madura y aprende a ser suave, que todo lo absorbe, besos, caricias, golpes, sin lastimarse, siempre buscando la risa liviana y las carcajadas del no me importa, no me importa. El otro cuerpo que se encorva con vergüenza a su propia carne, con la inmovilidad de la negación, hecho todo de agarrotamientos y de ese vivir espectros pudorosos.

La agonía de la madre fue lenta y allí estuvieron presentes las dos. Una contaba las horas con impaciencia, porque sentía un goce pleno sin posibilidad ni deseo de esconder; la otra rezaba fervorosamente y

le limpiaba el rostro, le refrescaba las almohadas y sus lágrimas eran tan sinceras que daba pena verla llorando. Una la amortajó con una sábana sucia y rota, la otra llenó de agua bendita la de lino con encajes en los bordes, para que los ángeles buenos también entraran en la mortaja con San Gabriel y San Benito.

El padre las buscó a las dos, como pasa en el espesor de la soledad. Para una no fue sorpresa, conocía muy bien las debilidades y se deleitaba en ellas; la otra se resistió con gestos y palabras duras, que luego avergonzada transformó en humildades y actitudes serviciales, mientras pedía perdón por no haber aceptado su calvario. Una con la ayuda de la otra quemaron la casa. La decisión las unió por primera vez en un mismo sitio. Hubo un momento en que no pudieron hablarse, fue el del encuentro. Qué vieja, qué enjuta, qué ajada, una momia, un cadáver; frente a esas exclamaciones de asombro y de miedo la otra se estremecía con el qué joven, qué bella, lozana, alegre, limpia como si hubiera salido del río. Escogieron las once de la noche, noche de luna y de viento, cuando padre y hermanos se quedaban durmiendo la borrachera en la cocina, la que ardería primero por estar rodeada del pajar y de la leña seca. Una pensó en lo divertido de las llamas y en el adiós por siempre a los encierros. La otra creía en el fuego, en su purificación y en la vida eterna, amén.

Cuando las llamas habían devorado el corredor, las paredes se cayeron con voces de derrumbe, ya no había puertas ni ventanas, sólo lenguas de fuego como encendidos pinos. Mientras una se reía y reía, revolcándose en la hierba, la otra con las manos juntas y los labios en una oración casi automática, se fue acercando a las llamas, envuelta primero en el humo

negro y luego en un cirio que la retorció con ese gusto de las nueces que se quiebran.

En el convento se extrañaron de su cara alegre, de su voz altanera y chillona en el coro. Más allá, muy lejos de los papiros y de la colina alta, algunos se quedaban mirando aquella mujer amarga con el rostro lleno de cicatrices y ampollas llorosas, que ni siquiera quería una limosna.

## ¿POR DONDE ESTA LA SALIDA?

Sale Adolfo y entra Mario. El calor algunas veces o aquella atmósfera agobiante, donde no se podía fumar, hablar en voz alta, abrir la ventana o decir la verdad sobre la piel cada vez más amarilla y los ojos turbios o lejanos, o tal vez la contemplación impaciente tratando de ocultarse en esos igual a Dios gracias, o las mismas caras que turnaban rítmicamente el cruce de las piernas y veían el reloj con disimulo para medir el relevo, todo eso y ese algo más que siempre falta en las descripciones, condensaba la respiración de los presentes hasta casi verse. La de los primos como una gelatina sin temblores, dispuesta a volver por las iguales y grandes aletas con la docilidad de un perro hastiado de que lo llamen con un nombre como Harry, tan fijo a su voluntad de aburrimiento. La de Isabel inhalando un cigarrillo imaginario. La de Mario con corrientes de silbido ajeno a cualquier intento de musicalidad. La de Pedro con retumbos asmáticos. La de María trabada como un tejido a punto de perder los hilos de la cadencia. El sorbo lento de una cocacola que se acaba, a pesar de los labios artificiales de las pajillas, con que dice aquí estoy todavía el bueno de Pablo.

*Sed, una sensación de sed que seca con látigos de sal, el cuarto lleno de objetos que se quiebran y punzan una memoria detenida en la sed.*

Sale Pedro y entra Matilde. Los de afuera hablan alto. ¿A quién le importan ahora las guerrillas urbanas, el incendio de la capilla colonial, la eficacia de las pastillas alivio, la solidez de la familia Ortega, la decadencia del capitalismo y la última película de Fellini? No es que nadie esté pendiente de Pablo, el pobre ya debió estar en paz, el páncreas, los riñones, el hígado y el corazón, ese perfecto cuadrado que se descuadra en el ángulo de la muerte. Les importa verlo irse con cierto respeto y una expectativa mesurada, no se puede prolongar mucho y era un ángel en cosa de tacto, de acuerdo con la costumbre y las buenas maneras, tal como se acomoda la servilleta al comer y no se eructa delante de los otros, salvo en el caso inevitable y entonces se disimula con miles de perdones y si se puede con un sonrojo apropiado.

*Sed y una lengua que se alarga con crecimientos de serpiente hacia el centro de un terciopelo hecho sequedad de suavidades polvorientas.*

Sale María y entra Miguel. Nunca me imaginé que fuera así, tan repentino, lo pensé mucho pero en una forma inconsciente, ahora sólo esta hambre extraña y ese deseo de salir y de que todo pase como tiene que pasar.

*Sed y pesadillas de pozos envenenados con ratas muertas.*

Regresa Adolfo. Silencio. No es justo hablar. No suena apropiado. Sólo los necios dicen algo cuando

la ceremonia ya empezó y se sabe que ha de terminar en cualquier momento. El final sólo imprevisto por el instante en que sucede. La cabeza se ladeará hacia la almohada como en las películas. Es la señal de fin para los que tienen dudas.

*Sed y ese juego lento de pelotas levantando la cal que desborona el solitario ritmo de la gota que no cae.*

Sale Adolfo y entra Juan con Carlos. Una a una se fueron las uñas, los nervios no se pueden sostener con fajas igual a las medias, además los inventarios fallan por esa impresión de haberse comido hasta lo que valía la pena que quedara fuera para contemplarlo de vez en cuando. Este vacío de nada es insoportable y el amigo Pablo con esa muerte tan presente entre las manos que ya amortajó todas las esperanzas.

*Sed, nada más que sed doblándose y abriéndose como una graciosa reverencia que enseña de pronto puñales de obsidiana, para cortar la sed en pedazos con la sabiduría cristiana de la multiplicación.*

Isabel sale y entra Margarita. Es la hora del café. Nada, igual, el doctor volverá a eso de las siete, deja constancia visible de que ya no se puede hacer nada, salvo la de la muerte, ese papel de copia amarillo que se necesita para lo de la fosa y luego ante el juez y siempre se pierde porque es desagradable o porque se dijo hay que guardarlo con cuidado. Esas cosas de la muerte son siempre desagradables, aun cuando cada uno tiene su propia muerte con un sello original, que ya no vale ni interesa. Sin embargo, es bueno aprender a morir bienamente, por lo menos con discre-

ción. Una última escena elegante, tal vez elocuente, las palabras del fin son siempre sabias, aunque sólo se suspire con el deseo de que sea una ingrata pesadilla.

*Sed y los vasos llenos se quiebran al rozarlos con los dedos encantados, por la fascinación fatalista de acabar con todo, menos con la sed.*

No, no es impaciencia. Las cosas pendientes pueden esperar. Por todas partes siempre hay que esperar. Pablo se lo merece. Fue paciente. Me visitó diariamente cuando me quebré la pierna. Eso se paga. Claro, lo estoy pagando con creces. Nunca he pagado con la misma moneda. Todo me cuesta más. La justicia es un mito sólo útil para los que dan poco y reciben mucho. No es mezquindad, nada tan lejano. Simplemente me tocan los dolores más fuertes. Voy a llorar por Pablo, voy a llorar mucho y él nunca lloró por mí.

*Sed y un ruido de agua se estaciona oculto en esta vigilia de rosas y arenas.*

Nunca engañan los presentimientos, ya casi no se oye, el estertor se fue, tal vez ha vuelto su respiración normal, pero no, no puede ser, la cara se le ha afilado, ahora se podría ponerle un espejo, la sugerencia puede ser precipitada, que sea otro el que avise, pueden creer que estoy deseoso, es fácil obsesionarse con la muerte ajena y la pura verdad es que a mí no me importa que sea ahora o después, no tengo ninguna prisa.

*Sed como un grito que nadie oye.*

Regresa Isabel y sale Miguel con los tres primos, el que estaba plegando la punta de su corbata, el que se escarbaba las pestañas y el otro que se limpió y lustró las uñas con tal manía persecutoria que las hubiera ensuciado gustoso para limpiarlas y lustrarlas de nuevo. Esa tendencia a la costumbre se pega tan hondo que cuando Pablo acabe, tendré nostalgia de este cuarto y de esta espera, extrañaré esta compañía silenciosa y triste, lo mismo me pasó cuando me llevaron temblando de miedo al hospital y después no quería salir, ya me había acostumbrado al cuarto, a la cama y al qué bien se ve, hasta me sentía alcanzando una superabundancia que se desvaneció al marearme con miles de debilidades tan pronto como me llegó el aire libre y perturbador de la calle.

*Sed y esta grieta profunda que duele y este saber que el agua no calma, no calmará.*

Llega Antonio y sale María. Este no poder dominar los ojos, se caen, se bajan, se van, tienen una pereza independiente de ver y prefieren volverse estuche de oscuridades para escarbar silencios en la profundidad de cavernas internas. Insisto en luchar y me regaño, no es justo que venga a dormirme aquí frente al dolor de Pablo, en su última batalla, y algo me lleva al recogimiento tranquilo del sueño con una voluntad desesperada de no poder. Y si lo notan, qué pensarán, no es hora de cabecear, no tengo el pretexto del cansancio, no puedo decir que me aburre ver morir a mi único pariente. No me estoy desvelando, la tarde apenas empieza, por otra parte debía asustarme la muerte aquí presente con sus secretos, esa boca abierta, ese pecho que apenas se levanta, esas manos inútiles. Pablo entero a punto de irse para siempre, y yo, la única persona que le queda

de su familia, con mi lucha de párpados y el deseo de fijar los ojos en esa lámpara y sostenerlos ahí porque no deben traicionarme. Estoy conmovido, aunque no lo parezca, y estoy triste, pero tengo sueño. Debe ser algo así como lloré cuando nací y bostecé de pura pereza al darme cuenta de que era un simple hombre, uno de tantos como Pablo, que dentro de un rato ya no será de este montón sino del otro. Esconderé la cara entre las manos para sostenerme en los codos hasta donde sea posible.

*Sed y sed.*

Sale Juan y entra Catalina. Un silencio de respiraciones ha redondeado las caras. Este debe ser el momento, debía estar rezando, eso ayuda a bien morir. Levanta el pecho, claro que lo levanta, ayer después de los santos óleos creí que ya se había muerto, pero no, siguieron los estertores. Las oraciones están en la gaveta, las del verdadero arrepentimiento, las de la luz y las de integración a la voluntad eterna. El ingenuo de Pablo se va sin creer en nada ni en nadie, con su escepticismo enfermo porque no hay derecho a ese círculo cerrado y egoísta de sus negaciones, esa esperanza tonta de que un crecimiento interno lo llevaría más allá de aquí, donde la cruz de su realidad se quiebra en pedacitos de miseria. Yo rezaré porque se arrepienta de sus incredulidades frente a la grandeza todopoderosa, pero aún no ha llegado la hora. Si sigue tardando tanto podría quedarme ronca, tengo la garganta hecha polvo de estar cuchicheando.

*Esta sed que se adelgaza como un lamento.*

Sale Margarita y desde la puerta llama a Pablo, quien no le contesta porque él saldrá cuando tiene que salir y no antes.

## RETRATO AL ESTILO CHAGALL

Las cosas de Alfredo no tienen nombre, son insoportables porque estarían buenas para un rato y el latoso pretende hacerlas permanentes. Pinta, escribe poemas, canta, hace música y se enamora de los objetos más inconcebibles.

—Alfredo Ricardo, a las órdenes de mis caprichos.

Así puso en sus tarjetas y ni siquiera es extravagante, el pobre trata y no llega, le falta cultura. La extravagancia necesita partir de lo cotidiano y mostrar lo inaudito.

—Desde los nueve años estoy seguro de que el ser humano pudo alcanzar su perfección estética con una sola pierna y un solo brazo. Los órganos más perfectos son singulares, los dobles gemelos son envidiosos de sus desigualdades.

Carece de valores aunque hace lo posible, recoge de allá un poquito y de por acá otro, sin acumular nada porque le falta talento y horas pegadas a los libros. Esas formas de leer que tiene no valen, empieza por atrás, como si leyera en hebreo, ojea los finales de capítulo y algunas veces se traga los diálogos, después dice que no le gustó o le gustó mucho, y habla como si hubiera leído el libro entero.

—Para ser exacto, me guío por los golpes, todo lo que golpea me interesa.

Memoria sí tiene aunque asegura que le da pereza recordar. Reconoce que la vida es un ejercicio escolástico de sé y sé y sé, pero critica el acumular conocimientos. Sostiene que la cultura limita la sensibilidad y agota la imaginación. Fanfarronerías y cortinas de humo para disimular lo que se ignora.

—Ayer por primera vez me di cuenta de que el sol es pavorosamente feo y me asusta.

Se defiende pero me cansa cuando empieza con el hombre explota al hombre y por eso él no desea ir por ahí enseñando lo que sabe, bien le conviene a cada uno estudiar solito. Después esa manía de sus encuentros con lo genial y con lo único digno de ser vivido. Para hablar honestamente, no puedo ser juez imparcial de Alfredo, no lo aguanto, esa es la verdad. Acabo condenándolo aun cuando está sincero, íntimo y asegure que es totalmente insoportable.

—Para mí todavía no se ha hecho un camino.

Malo no es, tampoco tonto, su tragedia es el intermedio, siempre casi a punto de ser algo que no es. Con su facilidad de pintar podría lograr un cuadro bueno. Sería muy aceptable, pero su majadería lo condena a no serlo. Si hablara menos o se moviera con más lentitud o hiciera visitas más cortas... hay en él un exceso que lo desgasta en vez de enriquecerlo.

—Si yo fuera Chagall pintaría distinto a Chagall.

Sus conceptos artísticos son endiablados, no hay quién lo entienda. Le gusta Debussy pero necesita completar sus obras, agregar notas, instrumentación, movimientos, variaciones a lo que es indiscutiblemente perfecto. No se puede discutir con él, siempre se acaba hablando tonterías porque está a punto de descubrir el secreto de todas las artes.

—Mi madre es el único espejo en que no quiero verme.

Lo quiero así como es, hasta me gusta y es difícil que gusten a las madres los hijos. Se ven demasiado cerca y siempre por detrás la idea de que no lo quería así y mejor fuera distinto. Lo complazco en lo que puedo, ahora hago lo que me pide y lo encierro de las cuatro a las seis. Nunca le pregunto por qué, sus explicaciones son muy largas y no las entiendo. El tiene derecho a sus cosas y yo a las mías, así nos llevamos bien. Comprendo que mi amor por los animales no es muy cómodo para los demás, sin embargo Alfredo nunca se ha quejado de las cabras, y son las que más molestan. Cuando la pintada le comió el asiento de la bicicleta, pensé que se presentaría el problema de él o mis pobres animalitos. Ni siquiera se refirió al costo del cuero con que tapó los resortes, me extrañó, en materia de dinero Alfredo es radicalmente conservador y de absoluta derecha.

—Odio en los demás la mezquindad de sus miradas.

Todo me parece normal en Alfredo, todo, menos ese amor por su bicicleta. Está bien que la elogie como el arma mansa y le haya puesto a los guardabarros los símbolos de la paz y la calcomanía de Adán y Eva en cueros, pero no que hable de ella como de una novia y luego se ponga a pedalear y pedalear, eso no me las hace buenas y pienso cosas que no quiero pensar.

—El amor es una rueda que unos inflan y otros desinflan.

Ese poema que le escribió da vergüenza, las melosidades eróticas me enferman, me dan asco. Además para mí la bicicleta no es una mujer, ni tiene nada femenino. Es un aparato muy hombrecito y sexual-

mente neutro, con una preferencia absoluta por los gordos que le permiten demostrar su capacidad de resistencia y exaltar la magia esbelta de sus músculos. Increíblemente delgados y ágiles, como los de cualquier muchachito.

—La más generosa, pura y amante expresión de convivencia.

Alfredo cada vez que la monta, adquiere unos movimientos que me dan un no sé qué incómodo, me parece que estoy a punto de pescarlo en esos escapes propios de los cuartos cerrados. Para mí que su encierro voluntario de las cuatro a las seis tiene mucha relación con un deseo de penitencia.

—¿Por qué? . . . ya no dependen de mí las explicaciones.

Si supiera enderezarlo, si supiera sacarlo de sus pseudolocuras, si supiera hacerle entender que la vida es buena cuando se tiene la mente simple, que en la naturalidad reside la belleza de lo espontáneo, que las cosas falsas y los agregados postizos destrazan las perspectivas de lo único posible. Pero él me habla de la fidelidad mansa de la “Rápida”, de la forma dulce en que lo espera, de su paciencia ante la incomprensión de la gente.

—Mi novia es la mujer más linda del mundo.

Le ayudé a escoger los cerrojos y las maderas, siempre creí que se trataba de algún encierro para los animales de su madre. De todos los arranques que le conozco, ese de enjaularse ya está muy cerca de la locura. No es para menos, se han pasado celebrándole cuanta cosa rara hace. Con ese asunto de la bicicleta, todos le hacen coro y le hablan de ella como si fuera una persona. La llaman la niña rápida y cuando lo del accidente, le hicieron los funerales en el patio.

—Nadie puede entender el amor cuando el amor lo siente otro por otra. Nadie puede entender el dolor cuando el dolor lo siente otro por otra.

Mano fuerte le faltó desde el principio. Si a la primera pedrada que tiró, le hubieran dado duro, pero qué va, le reían las gracias y le alababan la puntería.

—Ya no sé jugar con las palabras.

Recuerdo cuando aseguró que sólo existía él y los demás eran su creación como recurso de vivir simulando que no estaba solo, meros muñecos para su entretenimiento. Conozco mucha gente que piensa mal de mí, pero eso de colocarme como adorno no es grato tragarlo. Podría pensar lo mismo de él y no lo hago porque soy cristiano, ser cristiano no es fácil, obliga a beber el vino y el vinagre con la misma cara aunque con distinto paladar. Alfredo pudo ser diferente, es una lástima que sea como es, una verdadera lástima.

—Cuando me veo, sé que soy yo y no quiero serlo.

Se encierra para mortificar, aunque no sé a quién mortifica. A mamá la tiene sin cuidado que lo haga, sólo le molesta cerrar el candado y luego a las seis buscar la llave para abrirlo. Ha querido encargarme, pero ni loca, bastante he tenido con sus discursos y esa manía de preguntar y luego acomodar sus respuestas, listas para todo y siempre diferentes porque no puede repetirse, necesita la variedad.

—Mi vulnerable cuerpo y el dolor de la herida . . .

Ahora que está libre, que no pinta ni escribe ni compone, se receta el encierro, por lo menos es un descanso. Ayer me asomé, no quise hacerlo antes para no darle importancia. Está ahí en el centro pretendiendo que reza. Necedades, tanta mímica para esconder la imperdonable realidad de esta casa, de esta familia, de este pueblo que con cada mirada nos marchita.

—¡Qué alivio trae la transparencia!

Alfredo es parte de una bicicleta que no lo quiso llevar lejos.

—La lejanía sólo se conoce desde un punto fijo.

Cuando supe lo de su última manía, me asombré. El hermano se lo contó a un amigo, el amigo a la familia y alguno de la familia a mi vecina. Luego vi como se adelgazaba, hasta diría que envejeció mucho en las últimas semanas. Cerca de él era fácil percibir un desasosiego que no tuvo antes. Algo distinto a sus nervios y al deseo de que se le tuviera en cuenta. Parecía que buscaba una parte perdida.

—En esta última oración se acabó mi voluntad.

Nadie le preguntó sobre las razones de su encierro. Quizás no se tuvo interés en oírlo, siempre inventaba cosas extrañas, poco comprensibles, mentiras o suposiciones. Sin embargo, sí pude notar que cada día entraba más alegre y salía triste, muy triste.

—... era posible todo...

Empezó a llegar más temprano, a veces antes de las tres y no salía a las seis, se quedaba hasta las siete y aún más, especialmente cuando mamá se olvidaba de abrir los cerrojos. Recuerdo que hasta hubo que llamarlo, parecía no reconocer el mundo de afuera.

—... cada vez me soy más grato...

El sábado y el domingo dijo que pasaría la noche ahí.

—... cuando el secreto ya no es secreto...

La verdad es que se encerró completamente. Sus ojos perdieron vivacidad.

—... por fin limpio...

Hablaba poco y en una forma muy lenta.

—... profundo...

Parecía muy cansado.

—... fuerte...

El abuelo un loco y el padre un alcohólico.  
— ... valiente ...  
Las muchachas nunca le hicieron caso.  
— ... íntegro ...  
Nadie lo tomó en serio.  
— ... alegre ...  
La madre no rueda de milagro.  
— ... libre ...  
Yo lo quería.  
— ... generoso ...  
Es mi hermano y era muy bueno.  
— ... patriota ...  
Un día antes dejó sus pinturas en mi puerta, no  
sabía que me estimaba tanto.  
— ... vengativo ...  
Se amordazó y se ató los pies.  
— ... sensible ...  
Sólo se oyó un golpe, algo que se cae, ni siquiera  
nos movimos.  
— ... sarcástico ...  
El martes a las seis.  
— ... puntual ...  
Buen hijo ... buen hermano ... buen ciclista ...  
— ... amado ...  
Nunca hizo daño a nadie.  
— ... idiota ...

## PREATMOSFERA

Hoy no huele como siempre. No a naftalina. Tampoco al perfume dulce. Ni siquiera a ropa vieja. Huele a raro, a inesperado. Al cerrar la puerta, encontrar la oscuridad y el olor de presencias nuevas, se acaban las vías de adivinanza. Sobre lo que es forzaré otros presentimientos. Quizás suceda lo que no sucedió ante el espejo. Ahí era sólo un deseo que se desdoblaba. Y cerca del secreto, casi a punto de captarlo, siempre la interrupción: "el espejo no enseña, salvo vanidades falsas." El libro sí y el libro con letras planas, sin esos desafíos de lo propio. Lo propio arriesgándose en elecciones, corriendo peligros, creciendo. Se podía suponer que el libro era el dictado de biografías y ahí estaba uno. Pero, ese uno sin libertades, con principio y con final, tal vez igual a uno mismo, carente de imaginación, sin oportunidades de multiplicarse en alternativas. Alternativas con cambios cuando se agota su proyección. La ley del capricho, del juego que se empieza otra vez, mañana, mañana, las mañanas que se repiten, para ser los días del destino. La confirmación de que puedo o de que algún día podré.

Al cerrar la puerta, un mundo aparte, muy conocido, sin el goce de las preatmósferas, queda afuera y

sigue su ritmo de tic-tac, pam-pum, achiz, cómo está, buenas noches, si Dios lo quiere. Allí el sillón con los almohadones verdes, el verde insoportable que ha ido apagando el sol, ese sol impío de las tres de la tarde cuando la sala se ilumina con una luz cegadora y el ambiente se pone caliente. En el sillón su madre, con la chequera en la mano, vuelta hacia las sumas y las restas, falseando los números hasta el aburrimiento. Sin embargo, los aburridos no se aburren, se entretienen con la menor cosa, hasta con los mínimos arrepentimientos y ella se arrepiente de todo, de su marido, de sus hijos, especialmente del menor, que ridiculiza su lógica y le gusta lo que a los demás disgusta, por lo menos nunca les ha gustado. Habla sola y no habla con ella, habla con los que no están y con los que están, habla de lo que pasó, no pasó, pasará y no pasará. Al hablar ella calla lo principal y el peso de ese silencio, definitivamente huérfano de expresión, acongoja como un latido descompasado en las rítmicas campanadas de la sangre. La prevista convulsión de algún día.

Al cerrar la puerta, entra en el mundo oscuro que se requiere para seguir la luz, propiedad de los ojos, aprendices rápidos de sombras y bultos, espacios opacos en que el color es intensidad de sitios ocupados o desvanecimientos de trechos libres. Y ahí en realidad no hay nada, pues las cosas guardadas en el armario son figuras muertas, inútiles, depósitos olvidados que sólo responden a la memoria de lo perdido. Sólo él y la decisión de estar para soñar, para darse cuenta de que crece, siente, imagina, desea ser otro, crecer sin moldes, tener oportunidad de equivocarse, de sufrir, de alegrarse, de triunfar, de ser admirado o perseguido. No oír más aquel "cómo crece este muchacho, ya casi es un hombre". No permitir más la medida ajena en una

frase en que no cabe nada, ni ese crecer consciente de que se entra sin posibilidad de regreso al mundo de los grandes, ni esa absoluta indiferencia a la bienvenida que se espera en un lenguaje desconocido, ni siquiera un tiquete de admisión. "Cómo crece" y se dan cuenta del crecimiento sobre los zapatos que se dejan y los pantalones nuevos, inútilmente cortos, con dos puestas, sin una mancha, casi como salidos de la tienda. El desastre de las incomodidades y los gastos, porque ya no cabe en la cama, almuerza y tiene hambre, anda soñando, es un rebelde, no responde. ¿Qué será de él? ¿Qué estudiará? El otro crecimiento no se advierte. Y al cerrar la puerta, todo eso que lo toca desagradablemente, como si fuera o no fuera con él, como si hablaran de un extraño, al que quiere mucho y con quien es solidario, sin que los confundan en uno solo, todo eso se acaba, es un sonido ya apenas recuerdo. En este rincón de oscuridades empieza a ser consciente de su crecer, lo deshace en pedacitos y los proyecta en alternativas y posibilidades, conforme sueña, piensa y juega.

—No me preguntés en dónde está, no pierdo tiempo en buscarlo. Por alguna parte andará, haciendo cosas raras, conversando a solas, qué sé yo. La verdad es que no me importa, hay cosas que no se pueden arreglar y ese niño no tiene arreglo. Salió al revés, no hay nada que lo enderece. Los castigos los probé hasta que me di cuenta de que le gustan, siente placer con los encierros, con la oscuridad, con quedarse solo en la casa mientras los demás paseamos. Es un caso que únicamente a mí me puede tocar para que me ría de las lógicas, de los consejos, de los libros y de los doctores. El único remedio es que haga lo que le dé la regalada gana.



Los sábados, a las tres de la tarde, llegan puntualmente los abuelos con los dos tíos solteros. A las cuatro se sirve el café. A las cuatro y media se han ido. Cada semana es lo mismo. Después de entrar y saludar, el abuelo se sienta en la sala y pregunta qué hay de nuevo. El tío joven toma una revista y lee hasta la hora del café. El tío Jorge comenta lo que se dice por aquí, por allá y por el extranjero, es un erudito y está enterado, no se sabe cómo ni por qué, de lo que piensa cada uno y de lo que va a pasar de malo en el futuro. Sus ojos y sus anteojos dan horror, como espejos de quién sabe cuántas inagotables imágenes. La abuela no se acomoda a la silla, pronto se levanta y va de pieza en pieza enterándose de todo, notas, quejas, pleitos de vecinos, los daños de la cocinera y los diez pesos que se perdieron misteriosamente, casi igual que la semana anterior. Entonces se pone sospechosa y contagia sospechas. Ella adivina, algo mágico guiña en su mirada. Adivinó hace un mes que Ana tiene novio, hace poco que la de adentro espera un niño. Cuando dice que las cosas no andan bien y algo está fallando, ya se está bajo la amenaza de un nuevo descubrimiento.

Y un sábado, 15 de octubre, el tío joven amanece con gripe y no es bueno que salga con temperatura alta. A las nueve de la mañana, la abuela anuncia por teléfono que no vendrán. La limpieza queda sin mucho ahondar, ese día nadie hará revisiones. Un aire de vacaciones inunda la casa. Ana no se preocupa de esconder fotografías y recuerdos; Edmundo deja tirados los cuadernos con las observaciones rojas; Angel no prepara citas para deslumbrar a los abuelos y tíos, porque puertas adentro a nadie le importa lo que dijo el maestro tal y el sabio cual; y, por supuesto, Carlos capitaliza por adelantado las horas encerradas,

ahí donde hay puertas que no es necesario cerrar, que se cierran automáticamente, sin bisagras, y llevan hacia el no ruido y hacia la más concreta intimidad.

Y el almuerzo transcurre tranquilo, aunque el padre se excede en los aperitivos, como si confundiera el sábado con el domingo. La madre habla poco, raro en ella, pero su silencio no pesa con esos declives agudos de angustia. Algo liviano hay en la atmósfera, sin las preatmósferas de la niebla, que no aseguran un día brillante, o los cielos encapotados que dubitan entre el soy y seré de la lluvia suave y de la lluvia furiosa. Después un ruido feliz en la cocina y el mamá voy a llenar la tina para bañarme ahora, en la noche me da frío y me desvelo. Unos segundos más tarde, hay silencios de siesta en el primer piso. En el segundo, un ligero goteo en el baño. Luego el timbre del teléfono, tan inoportuno, altera el inicio de la tarde.

Qué desconsideración, a estas horas. Pues, aló, cómo dice, quién habla, pero no puede ser, qué alegría, a qué hora, a las tres, por supuesto a las tres.

Y a las tres apenas si se ha disimulado el mal humor. Los saludos son más lentos, como si necesitaran un tiempo de acomodo. Los silencios espacian las conversaciones. El tío joven está bien, un resfriado corriente y nada más, la temperatura ha sido una falsa alarma. Los temas de política se enfocan con frialdad extranjera y lo que pasa —dijo alguien con dejos de sabiduría prestada— es lo que el país merece que pase. El abuelo olfatea el licor del hijo y repite el sermón de siempre sobre la forma en que se empieza el camino hacia el vicio, él estuvo a punto, lo sabía por experiencia, pero gracias a Dios, a la fe en San Miguel y a la fuerte voluntad propia, fue sólo un mal paso corregido a tiempo. La abuela no se mueve de la silla, siempre que se habla de licor ella se siente en la

obligación de asentar con la cabeza los consejos de su esposo. Poco antes de servir el café, cuando se habla del primo que ganó el premio mayor de la lotería y acabó en la miseria, ella se levanta para dar una vuelta por la casa, pero únicamente tiene tiempo de revisar la cocina, en donde señala sin piedad el desaseo y el desorden, el montón de porquerías y la próxima inundación de cucarachas, de las grandes, negras, de las rubias voladoras. El café se sirve con manteles y tazas immaculadas, con una fama injusta de sucias, que hace hostil, incómoda y fría la media hora ya no matizada, como siempre, de qué buenos están los pasteles y los quequitos. Ante el campo vacío de Carlos y al notar la ausencia cuando el café en el fondo de la taza ya casi está helado, Ana va en su busca. "Este muchacho no tiene remedio, ahora le ha dado por los baños largos en la tina, cierra la puerta y Dios sabe lo que hace adentro. A veces pienso que salió pintado a los locos de la familia." No le ponen mucha atención, Carlos con sus silencios es siempre el ausente. Ana vuelve con el recado de que ya viene, pero en verdad no ha recibido respuesta cuando tocó la puerta una y otra vez y hasta movió las perillas para indicar con impertinencia que urgía. Los abuelos y el tío Jorge se despiden sin saludos para Carlos, porque a veces se olvidan de saludarlo a la entrada y besarlo a la salida, estaba siempre en la luna y en la luna lo dejaban.

A la hora de la cena, mientras ven la serie de Tarzán, cuando la cocinera pregunta si retira su sopa, vuelven a pensar en Carlos, el Carlos que desde entonces será sólo un recuerdo que se evocará en ocasiones especiales, como por ejemplo cuando pregunten cuántos son o en la presencia de un viejo amigo que lo recuerde con sus ojos grandes y tristes, con su pelo

negro y lacio, con su cara larga y pálida. Aun en esas ocasiones habrá poco que decir, de Carlos quedarán escasos recuerdos, unos cuadernos de letras no muy caligráficas con la demostración palpable de cierta torpeza en el aprendizaje y una pésima ortografía, unos dibujos temblorosos sin ningún valor artístico y una evidencia de su escasa facilidad manual, un retrato de la primera comunión con una sonrisa forzada y una expresión maltratante de tristeza, un desconocimiento absoluto de lo que pasa por esa cabeza pequeña. La madre seguirá hablando y hablando de sus rarezas y de esas descomposiciones violentas que le sacudían con convulsiones y espumas en la boca, de sus cuidados y desvelos, de su calvario, de su soledad, de su pena inagotable. Esos largos soliloquios, combinados con la tragedia de entrenar a la nueva sirvienta, la estupidez de la costurera y el drama de que su cabello perdía el brillo, poco a poco descoordinarán los recuerdos del presente y Carlos pasará al mismo plano de una porcelana que se quiebra. Para los demás, que no podrían jurar sobre la veracidad de ataques y convulsiones que no vieron, ni siquiera lo recuerdan enfermo, salvo el sarampión y las paperas, se irá yendo en partes hasta que será difícil evocar algo concreto.

Ana gritará algunas noches y despertará a la familia. Soñará que Carlos abre la puerta y le dice que el agua está envenenada, mientras sus manos babosas sostienen un ojo enorme con escamas y su cara enseña la torpeza angustiante de los peces que patalean sobre la tierra. Se remodelará el baño, con azulejos de vivos colores y franjas de flores, además se suprimirá la tina, que regalarán a uno de los trabajadores con el ruego de que se la lleve pronto. Edmundo pedirá un cambio de cuarto, no quiere la compañía de una cama huérfana y recordar que sobre ella algunas veces oyó sollozos y palabras entre sueños. Angel será más

olvidadizo y práctico, en cierto momento declarará que le duele hablar de lo sucedido, que nunca más hablará de eso y cada vez que se mencione, con un "con permiso" educado y terminante, se irá a otra parte. También remodelará su cuarto, más bien lo decorará con desnudos y rótulos picarescos. El único signo de recuerdo será un nuevo hábito: dormir con las luces encendidas. El padre llorará más alto cada vez que se emborrache y las botellas esconderán un Carlos diminuto que no se encuentra, que no responde, que no regresa. El tío Jorge comparará la tragedia con todas las tragedias del mundo, para concluir que no es nada, en el tiempo la dimensión personal se escurre en su propia insignificancia. El tío joven callará y hojeará despacio una nueva revista, porque le aburre rondar la trivialidad casera. Los abuelos cambiarán las visitas de los sábados, son tercios y están convencidos de que esos días la mala suerte les anda cercana.

La vida sigue su curso, como dice el tango, el poema, la solemnidad filosófica o literaria. Lo normal tiene más fuerza que la ley de gravedad. Cuando decimos que hay cambio, el cambio ya posee visa de residencia. Cuando señalamos que alguien falta, nos hemos acostumbrado a su ausencia. Cuando recordamos, la memoria registra un olvido entre millones de olvidos.

Carlos no llega a las definiciones rotundas porque vive desde muy temprano la secuencia inconclusa de las preatmósferas. Entra al baño en busca de la vía al escenario de las realidades que se montan y desmontan sobre un ritmo de presagios y de conclusiones rotundas. Cuando abre la puerta, encuentra la presencia de un asombro que no siente. Su misma cara se llena de espejos opacos, que nada reflejan. Quizás por eso sale sonriendo, silba gorjeos con tonos de burbuja y no alcanza su figura crecida.

## ¿PARA QUE MATAR A LA CONDESA?

“Vine a esta ciudad, de métete por acá y piérdete por allá, con otra idea. Pensaba encontrar un drama, algo heroico. Me encuentro con una tonta historia, de dimes y diretes. La gente es débil y simple, la pobre condesa una vieja tonta y presumida. Ni siquiera el paisaje valía tan largo viaje. Los árboles son muy grandes, las calles estrechas, frías, empiezan pronto a doler con desconsuelos reumáticos.”

Ya estaban acostumbrados a esos comentarios. A nadie le interesó la historia, ni a los hombres con lápiz ni a los que se metían en las caras y en las casas como si esperaran de pronto encontrar huellas de sangre.

No los habían llamado. Llegó primero un periodista. El fue el que atrajo a los demás. El retrato que hizo de la condesa era extraordinario: una niña dulce y poética que sembraba geranios, mientras soñaba con hacer en la misma colina una iglesia de torres y puntas, blanca, como un balcón sobre el precipicio para recordar las caídas y ampliar la plegaria hacia el cielo, que eso era la síntesis de un templo. Y la iglesia no podía estar sola, alrededor calles y casas, en círculos abiertos al serpenteo. La niña ordenó, casi jugando,

la siembra de pinos, cedros, cipreses, que desde el valle subieron por la colina, sin tocar la planicie superior, el lugar de la iglesia y de las casas. Ella quería un bosque y cuando la condesita quería no había más alternativa que complacerla. Fuera lo que fuera después, la verdad es que fundó el pueblo.

“Yo la recuerdo en sus años mozos.” La grabadora, recoge la voz lenta de un viejo. “No sé si fue hermosa a lo mejor nunca pensé en eso y no me atreví a verla como se ve viendo lo que está al frente. Recuerdo que era terca, tres veces se cayó la iglesia por su culpa, la quería al puro borde del abismo, sin entender que las aguas lavan y el viento golpea de duro para arriba. Los fracasos no le enseñaron nada, por eso está torcida y la torre quedó como una flecha temblorosa, y por eso también el mejor día se nos cae encima.”

El encargado de la limpieza graba con emoción su voz. No se imagina que la condesa fuera niña y después joven, tiene la idea de que siempre fue vieja, con su toca de encajes blancos y su manto de seda negra, encogida en arrugas y en gestos de anciana impaciencia. “Porque era un demonio de voluntad y de capricho, vieja bruja, malvada como pocas, siempre tratando con el diablo y tentándonos a matarla como se mata a un animal malo.”

Alguien pensó en un drama y fue interrogando a los vecinos. Usted, ¿qué criterio tiene de la condesa? La pregunta va hacia una mujer de mediana edad, que con la escoba en la mano acaba de espantar las gallinas del patio, uno sobre el que cae la sombra de la torre como la aguja torcida de un reloj viejo. “¿A mí no me venga con majaderías? Que otros juzguen a la condesa, y por cierto ya va siendo hora de que le quiten el título. Ni nadie ahora los tiene, el mundo se igualó, ni ella lo tuvo nunca. No soy del pueblo,

vine aquí porque me casé con un ignorante que era el sacristán de la iglesia, un pobre diablo y no ha cambiado mucho, ni siquiera con la revolución, sé que reza en silencio y eso me rechina. Hay cada mula por estos lados y mi marido pertenece al rebaño. No más trueno y empieza a invocar los santos, después se avergüenza y me dice que es maña. Maña de tonto, me lo conozco muy bien. A ella la conocía muy por dentro mi familia. Rica sí era, rica de explotación y rica por los padres y por los abuelos. El marido no le trajo nada, más bien le botó lo que pudo, pero la suerte estaba de su parte, se le murió pronto y dejó a la viuda sola, contando la plata, sin cansarse nunca. Una mujer sin conciencia, explotadora de estos pobres imbéciles, aumentando su capital cada día, llena de avaricia. Cuando se vino la revolución, estos estúpidos le avisaron, le pidieron permiso para izar la nueva bandera y ella escondió todo: dinero, joyas, sólo encontraron en su casa una vajilla incompleta y unos cuadros infernales de feos. Condesa se llamaba, pero sin título, un nombre apenas y la pretensión de tener esclavos. No quiero hablar de ella, ni de mi marido, ni de este asco de pueblo.”

Y usted, ¿qué relación tuvo con la condesa? Un muchacho flaco, con ojos irritados, que está aprendiendo a mirar con descaro y a fumar sin bañarse de humo la cara. “Hablar de la condesa es ya una aburrición. Parece mentira que cueste tanto deshacerse de ella. Antes en las mesas y en las calles hablábamos de otras cosas, del frío, de la comida, de las mujeres. Claro que si pasaba por la calle o repicaban las campanas, a coro decíamos “Dios dé salud a la condesa”. Necesidad de servilismo o de imbecilidad, pero no había uno que lo dejara de decir. Creo que si volvieran a repicar las campanas o pasara ella de nuevo, repe-

tiríamos lo mismo. Son cosas que se pegan. Ahora el día entero la mencionamos y cuentan de ella cada historia que para el pelo: eso de que mató a un niño a latigazos porque se atravesó en su camino, que envenenó a su sirvienta porque entró en su cuarto cuando invocaba al diablo, que de noche y de día rondaba las casas para decidir la suerte de cada uno. Hablan de sus amantes, de sus vicios, de su maltrato. Hablan tanto que ya se duda de qué es cierto y de qué es mentira. A mí me tienen harto con las historias y con la condesa. Sólo me habló una vez antes de la revolución y me llamó por mi nombre: Pedro, deja de molestar a la hija de los García, ninguno de los dos está en edad de matrimonio, no faltes a misa y a trabajar más duro en el campo. Me dejó muy impresionado, inmóvil como una estatua. No sé si fue su voz, que retumbaba lejana, pero desprendida del mismo cielo, o el honor de que me llamara por mi nombre. Quizás sus ojos verdes, que no se podían parar y decir hasta aquí, no vayan más adentro. Después la vi en la cárcel, fui con los otros a insultarla, a gritarle vieja, bruja mala, puta. Ella nos miró con una serenidad y con un orgullo que a mí mismo me asustó. No me dijo nada, parecía no oír. En la noche no pude dormir, después me alegré de que la aislaran. Es mejor así, no me gusta maltratar a los viejos, aunque hayan sido tan desgraciados como ella.”

Usted, que apresó a la condesa, cuénteme cómo sucedió. El tipo alto y fornido, comisario por dentro y por fuera, mueve las puntas del bigote con un gesto ágil de labios, mientras la tarde se va terminando sin el repique de las campanas. “Nunca conocí un conjunto tan grande de pendejos como el que se encuentra por acá. Cuando llegué, me di rápida cuenta de que desconocían los propósitos de la revolución y del

nuevo gobierno popular. La condesa era todo: el estado mayor, la ley, la autoridad y la propiedad absoluta. Las tierras eran de ella, las casas, las tiendas, los árboles, hasta el prostíbulo. Me dijeron que un grupo le había hablado de los cambios sucedidos en el país, de los sacrificios que implicaron, de la sangre, de los muertos, de los fusilamientos a quienes se oponían a la revolución y a las medidas que se debían tomar. Claro, para hablarle de eso buscaron a un estudiante de un pueblo vecino, no podía ser en otra forma, temblaban delante de ella, una vieja ya en plena decadencia, débil físicamente como un pájaro sin alas, pero poderosa y fuerte en su dominio. Ella los recibió y oyó el discurso, mientras sonreía pasando el rosario entre los dedos. Cuando acabó el estudiante, dijo que la historia era muy triste, que el domingo habría una misa especial en memoria de los muertos, que volvieran al trabajo y que ella hablaría con Dios sobre lo sucedido. Todos se retiraron, menos el estudiante. El le explicó que no habría misa, al cura lo fusilaron en la ciudad vecina, él lo vio cuando lloraba, pedía clemencia y ofrecía unirse a la revolución. Le dijo que pronto llegarían soldados y ella también sería juzgada y quizás... La condesa lo invitó a la cocina y le ofreció te, ella lo hizo. El estudiante siguió hablando, contándole en detalle lo que había sucedido a los ricos y a los curas. Ella no se alteró, cuando terminó el te lo acompañó a la puerta, siempre en silencio. Al despedirse le dijo: "En mi mundo mando yo, ni siquiera Dios interviene, El está para asuntos más importantes. En el mundo mío no hay gobierno, ni revoluciones." Ese testimonio se expuso en el juicio y ella confirmó sus palabras. Extraña mujer. Cuando llegué, sentí que me esperaba, no le inspiré miedo, ni desconfianza, me dijo bienvenido. Le puse las esposas en las muñecas más

esqueléticas que he visto en mi vida, frías y encogidas como las de un muerto. Le leí los cargos de explotadora del pueblo y contrarrevolucionaria. Se sonreía distante, al punto de que quise abofetearla y hacerle sentir mi autoridad. La pobre vieja, a lo mejor chocheaba, por eso me limité a levantarla bondadosamente, usted sabe que lo revolucionario no estorba con las buenas maneras. Este pueblo no tiene cárcel, la encerré en la casa que tomé para la comisaría. La gente, después de adoctrinarla, vino y la insultó. Los que buscaban empleo y granjerías, hicieron demasiado ruido. Eso me obligó a trasladarla de nuevo a su casa, por supuesto debidamente custodiada. Estas mujeres son el puro demonio, a lo mejor se escapan y estos estúpidos de acá pueden creer que hace milagros y voló al cielo.”

Usted sirvió por muchos años en la casa de la condesa, cuéntenos algo de su vida y de sus costumbres. Antes de responder, una mujer vieja, con las manos temblorosas y la cara con mapas de días largos de invierno y verano, miró a los lados, quizás con la idea de escaparse por algún sitio o encontrar otro que respondiera. “Era mala como son los malos, pero peor aún, nunca se sentía en paz con su maldad, quería siempre más y más. Nos despreciaba, ¿qué éramos para ella?, animales, bestias que sólo entendían con malos modos y groserías. A mí siempre me lastimó, siempre, nunca se cansaba de llamarme estúpida y de exigirme más trabajo, aun cuando era innecesario y yo no podía . . . Ella se llevó mi juventud y mi fuerza, gratuitamente porque me regateaba el pan. No le importaba que los demás murieran de hambre, ella no sabía lo que era eso, con sus finuras y sus golosinas. Cuando ya no pude hacer espejos en los mosaicos, atenderla día y noche en sus necedades, me dijo que

me fuera con los míos, así no más, sin un asomo de gratitud. Un monstruo de egoísmo y de altanería. Decidió quedarse sola en su casona, para esconder sus bienes y revolcarse a pleno gusto en su mezquindad. Ella algo de raro hacía en sus cuartos cerrados, nunca supe qué era, tal vez algún rito diabólico, porque le garantizo que no creía en Dios ni en nadie. Aparentemente siempre rezaba, a lo mejor eran blasfemias y brujerías. Pobre mujer . . . tan sola y tan callada, con sus recuerdos tristes. Su madre se quitó la vida cuando ella apenas tenía siete años. Los sirvientes viejos, que murieron en la casa de pulmonías y de hambre, me contaron que ella la encontró colgada de una viga, atada al cuello con las sábanas de lino, esas que tenían las marcas de la familia entre flores y hojas. La mujer colgada con la lengua afuera, los ojos desorbitados y los pies bailando en el vacío. La niña quedó sin habla mucho tiempo. Después gritó en las noches como una desesperada. El padre se la llevó lejos y la trajo de nuevo. Dicen que desde entonces sus ojos verdes se hicieron de piedra y nunca cantó ni bailó. El padre fue su compañero inseparable, aun después de casada, caminaban juntos por las tardes, del brazo, por la misma vereda entre los pinos y hasta los lirios, esos que crecen todavía por el fondo del riachuelo. Por ahí quedó él un día, un cólico repentino le robó el aire y se ahogó cuando la brisa corría con mariposas y hojas. No lo conocí, cuentan que era muy buen mozo, triste como la hija, pero más bueno y más dulce, conversaba con los sirvientes, era amable y generoso. Ella hizo la iglesia para sus padres, trajo los restos y los colocó en el altar, lo que es un sacrilegio, pues santos no fueron, la madre ni siquiera esperó la voluntad de Dios y él se fue sin confesión. Yo digo que eso no es un templo, es un cementerio, el cementerio de los

ricos, de los malvados. El pobre marido, que no tenía nada, está enterrado en el cementerio de nosotros, ni siquiera tiene lápida ni cruz. La condesa ordenó que se cubriera la tumba con piedras, a lo mejor temía que se saliera de noche, aunque dicen que lo enterraron bien muerto, ya hinchado, medio podrido. Murió fuera del pueblo, en una vecindad cercana, de una fiebre intensa y rara que lo consumió como si estuviera lleno de gusanos. Para mí que nunca se quisieron. La condesa no lo mencionó mientras viví con ella, y bien que me hablaba de sus padres, aun con lágrimas en los ojos. Era muy sentimental, se ponía débil, indefensa cuando alguien hacía memoria de ellos, rogaba que se repitiera una y otra vez cualquier cita de sus padres. Los que en el pueblo los recordaban eran sus preferidos, sus invitados de honor aun cuando no distinguieran una cuchara de postre y una de sopa. Cuánto abusaron de su generosidad... eran su debilidad, la única debilidad que le conocí a esa mala, injusta mujer.”

¿Qué impresión le produjo la condesa? El estudiante refina su voz y prepara su oratoria, debajo de los anteojos una mirada opaca y melancólica agota el tono marcial de las palabras: “Una vieja como cualquier otra, sin nada extraordinario, tan común como los ricachos que vimos gobernando el mundo, con una miopía hacia los intereses populares y con un afán marcado de explotar sin ninguna clase de conciencia al pobre pueblo sacrificado por su ignorancia y su desvalidez. No me mereció respeto, pero me asombró su falta de sensibilidad y su incomprensión hacia las necesidades inmediatas del hombre. Sentí que no era una persona viva y real, me pareció más bien alguien muerto hace mucho tiempo, pero dominante de un grupo de ignorantes por efecto de un acondicionamiento a la autoridad y a la religión. Un tipo prototipo, reconocido

tradicionalmente, sin ningún valor propio y sin la menor noción del mínimo respeto al ser humano. Era una de esas personas que cree en la existencia natural de los privilegios y recibe, sin idea alguna de límite, el trabajo y el sacrificio de los otros. Hablarle era igual que hablar frente a una pared. No creo que entendiera los principios humanitarios de la revolución, ni nuestro derecho de justicia social. Las mismas palabras parecían nuevas para ella, sin significado en su propia lengua, dominada por verbos de quiero, deseo, ordeno. El típico caso de las cadenas que no pueden tener concepto de libertad, de las prisiones que desconocen el derecho y la justicia. Sin embargo, debo mencionar que me impresionó la fuerza de esa anciana, a pesar de parecer una muñeca apergaminada en el pasado, sin haber nunca crecido en ideales y en consideración hacia los otros. Una especie de reina o de momia muy antigua, que todavía respiraba y tenía el vigor físico suficiente para continuar la explotación. En todo caso, llegamos a tiempo para parar ese apesadado acomodamiento al mando arbitrario. La revolución no permitirá en el futuro esta clase de condesas, dueñas de vidas y de destinos. Vamos a cambiar el rumbo de este pueblo. No más ídolos condesas, ahora mandan las ideas y los derechos humanos. La revolución es . . . ”

La condesa atravesó el largo salón sin interrumpir el silencio de museo abandonado que adornaba los pocos y solemnes muebles, los cuadros oscuros con las caras y las manos blancas de los santos, las cajas de bocas abiertas y vacías, los objetos sin brillo, el trazo nuevo y viejo de una o varias telarañas. Cada hora hacía el mismo viaje, desde el cuarto al jardín interno, donde crecían con rosas mucho tiempo sin podar, de altos y feos tallos que cargaban flores nuevas, ramas,

hojas y flores secas, las más diversas clases de hierbas. Quizás abajo, cerca de la tierra, ya sin verse, había violetas, margaritas, pensamientos, semillero de aristocráticas y hurañas plantas. Desde el jardín, después de recoger unas hojas de yerbabuena, la condesa seguía hasta la cocina, allí colgaban platos de cerámica, cobre, tal vez plata, con reseñas de frutas, pájaros y paisajes de lagos y nieve. Un desván de ollas y máquinas, colocadas en donde quedaron la última vez, en una silla rota, en una mesa de barnices reventados o de mosaicos incompletos, o en el mismo suelo con parches oscuros de invasiones húmedas. Mientras el agua hervía, la condesa miraba el cielo por el tragaluz ya oscuro, pues la ancha y larga cocina con sus ventanales cerrados era una adivinanza de penumbras.

*Quiero, papá, que todos vivan cerca de la iglesia, allá en la colina, poco a poco los trasladaremos, cada uno en su casa, cerca de Dios. Haremos el pueblo más bello del mundo, nuestro pueblo de paz y de amor.*

*Ves, mamá, yo no quería nada de la vida, y todo se me ha ido, pero el pueblo es cada día más hermoso y su gente tal vez tenga la felicidad que se me fue de las manos cuando te fuiste. Tengo tus muñecas, tu diario, tus libros de versos y tu biblia. ¡Cómo crecen los niños en las calles! Ayer los llevaban de la mano y hoy ya juegan solos, mañana los veré a ellos mismos con niños de la mano. La vida es un milagro que no termina y a veces no sé si tiene algún sentido.*

*Hija, mi pequeña condesa, quiero que entiendas que yo nunca fui mala. No me gusta la*

*vida, creo que al mismo tiempo que abrí los ojos sentí horror de vivir. No te veré crecer, eres tan linda y pequeña, me dueles en el alma y en los huesos, pero no te quería tener ni quería que vinieras a este mundo de miseria y de dolor. Eres lo que más me apena. Tu padre encontrará una mujer llena de sonrisas como a él le gustan. Yo soy su única tristeza, no se puede ser feliz con una mujer sin vida entre los brazos, una mujer que no desea nada, ni comida, ni joyas, ni casas en la ciudad o en el campo, que no le gusta el aire ni el mar, que sólo quiere estar a oscuras, sin hablar, para pensar en cómo y cuándo. No heredes mi tristeza, lucha por algo, haz algo, ama a la gente, esa pobre gente que entretiene su desconocida pena comiendo y amando. Sé fuerte y vive, sé como tu padre, a él le parecen cortas las horas del día y jamás piensa en la muerte.*

“Señor comisario, he encontrado cosas muy raras en la vida de la condesa. La primera de ellas es que desde hace mucho tiempo, ha sido la persona más pobre de este pueblo. Vendió hasta las joyas y objetos personales, para construir la última casa que le pidió esta gente. Realmente, una persona miserable, ni para su comida tenía dinero. No ha escondido nada en su casa, es innecesario seguir excavando y destrozando muebles. Sus bienes los fue vendiendo y no tiene nada desde hace rato. Me he encontrado cosas de ella en los pueblos vecinos. Aquí venían a comprarle los mercaderes y por cualquier cosa daba cuadros, vajillas, adornos, joyas, manteles, muebles. El pueblo no le pagó por las siembras, por los negocios, por las casas. Ella nunca recibió un centavo de esa gente. Les pedía que trabajaran y no les pidió que trabajaran para ella.

Cada uno ha dispuesto de tierra, casa y negocio para su propio provecho. Hay en el pueblo varios ricos y no hay otro tan pobre como la condesa. Pero, no se desanime usted, éstos serán cargos contra ella, ya verá como le damos vuelta al asunto. ¿Qué se cree esta vieja? Seguramente se había olido el proceso revolucionario y se quiso salvar dándolo todo. No hay nada más evidente de su deliberado sabotaje. Pero, ese gesto tan obvio no le será útil. Además, el pueblo entero pide un fusilamiento y si el pueblo lo pide por algo será. El pueblo siempre tiene la razón.”

*Condesa, no hemos sido felices y no sé cuál ha sido el motivo. Como caballero debo reconocer de antemano mi culpa. Soy diferente, no me interesa el campo ni el pueblo. Me enferma esta gente pidiendo siempre. ¿Podríamos vivir en otra parte? Hay sitios alegres en el mundo, sitios en que las personas hablan y se ríen. Me siento enfermo, aquí me canso de no hacer nada. Puede ser la altura, el frío, este viento que no deja en paz o esta sequedad que me va envejeciendo. ¡Vámonos! Mañana. En otra parte, Condesa, hay vida. Aquí la muerte huele, apesta. No soy persona adecuada para compartir este ambiente. No creo en Dios y Dios se asoma por todos lados para verme. Creo que me voy a morir.*

*Condesa, mi hijo está mal, ¿no ve el color amarillo de su piel y esos ojos dilatados, sin ganas de vivir? Déle algo de dinero para que se vaya a otro lado, al mar, a la ciudad, a un lugar en donde recobre su vigor. Déle sus propiedades en la capital, siquiera en consideración a los años que ha pasado aquí. No cargue en su conciencia lo que sucederá pronto. El es como un niño, no*

*sabe trabajar, no piensa en orden, es indefenso. Lo único que tenía de riqueza eran sus buenas maneras, su porte aristocrático, su juventud. De eso sólo queda su cortesía, aunque está tan débil que ya le cuesta abrir las puertas y sostener el brazo.*

“Señor Comisario, la condesa no tiene propiedades, no aparece nada en el registro. Los campos, las calles, las plazas, la iglesia, todo está traspasado hace años al pueblo. Las propiedades en la capital las vendió hace tiempo y fue un dinero que empleó en pagar nuevas construcciones, mejorar la cañería y los servicios. ¿Qué hacemos, señor Comisario? La condesa está limpia de culpa, no es propietaria, no es rica, no es explotadora, quizás más bien haya sido explotada.”

Los vientos traen los más extraños mensajes. El hijo de la hija del panadero es hijo de tu marido. Tu marido no duerme, ronda por el pueblo, toca las puertas, pide comida, reclama amor. Tu marido está en el valle vomitando vino, vomitando sangre. Tu marido trajo unas mujeres raras, con los pechos enormes y agitados, que hablan y no se les entiende. Tu marido no es tu marido, ni te conoce ni lo conoces.

*Como tú quieras, padre, como tú quieras. Yo soy tu voluntad. No conozco otra. Sólo te pido que me dejes aquí, con las cosas de la madre. No me hacen daño, te lo juro, no ves que soy distinta, alegre y con un gran apego a la vida.*

*Ella era buena y dulce, además muy hermosa. Con tus mismos ojos, pero más profundos y tristes. Lo impresionante siempre fue su silencio, pasaba días y días sin decir una palabra. Ese silencio era una distancia demasiado grande para*

*mí. Acabé por no hablarle, por ignorarla también, por sentirme tan solo como ella. No podía forzarla, era demasiado frágil. Ni siquiera la besaba, era imposible, no resistía el contacto físico, lloraba y gritaba. Contigo, aun contigo era igual, nunca te besó ni te acarició.*

*Mientes, padre, mientes porque no la quise y sólo a través de un enorme amor se podía llegar a ella. Madre me besaba siempre, cuando estábamos a solas, me peinaba con sus dedos. ¡Cómo recuerdo sus abrazos y aquel olor de rosas y de primavera, tan suyo! Mientes, padre, como miento yo al amarte y respetarte, pero eso no tiene importancia porque te quiero mintiendo y te quiero de verdad. No quiero tu fuerza, tu don de mando, tu hacer que los demás hagan las cosas. Quiero tu pobreza de sueños y de ideales, tu ausencia de ojos para las cosas bellas. No has visto nunca como las mariposas vuelan alrededor de mi cabeza, porque tengo miel de luces y soy una mariposa grande sin alas. Ellas me conocen y reverencian.*

“Quiero establecer de nuevo su testimonio. Dijo usted que la condesa fue siempre el ejemplo más negativo del capitalismo, por su actitud de tomarlo todo, sin tener en cuenta las necesidades de los demás, ni pagarles lo justo por el trabajo. Creo que usted tiene razón en su juicio, pero quiero saber por qué cuando la vio encadenada, cuando la paseamos por el pueblo, cuando esperamos que ustedes y los demás no sólo hablaran sino que también tomaran la justicia en sus manos, usted, sí usted, que la acusó con graves palabras, obedeció su ruego y corrió a darle agua. No me diga que lo hizo por caridad, porque se trataba de una anciana,

usted y los otros saben que ella es algo más, perverso e indigno, es una institución, representa un sistema de trabajo contra el pueblo. ¿Por qué entonces servirle agua, con tanta presteza, con servilleta y ceremonias de alta dignidad? ¿Por qué hizo usted eso? ¿Por qué no le escupió la cara? ¿Por qué no desoyó el ruego? ¿Es que le gustaba su régimen de explotación y está contra el nuevo gobierno?"

*Mi padre era duro, no te puedes imaginar cuánto. Yo temblaba cuando sus ojos me seguían, unos ojos lentos y siempre despiertos como los de tu propio padre. No conocí a mi madre. Murió el día que nació. Así viniste al mundo, matando. Si no lo decían, sé que siempre lo pensaron. Mis hermanos quedaron enterrados en la mina, con muchos otros obreros de mi padre. El sólo dijo: esta vida es perra. Hizo la lista de mis bienes y se la dio a tu padre. Nos casamos sin grandes ceremonias, yo estaba de duelo. Fui sola al altar. Mi padre se había ido lejos, no supe ni cuándo murió, a lo mejor aún está con vida. Los míos, los verdaderamente míos, me esperan desde hace mucho tiempo.*

"Tengo miedo, Miguel, tengo miedo de la condesa. Lo mejor es pedir que la encierren en otra casa, en donde la traten como se debe. Aquí yo no puedo, no puedo ni gritarle ni hacerle mala cara. Me gusta que le guste mi sopa, me agrada que se sonría conmigo, siento placer al arreglarle su ropa y limpiarla. Para mí es una santa, una buena mujer que no ha hecho daño. Si vieras sus fustanes remendados, la pobreza de sus interiores, hasta la capa de seda tiene carriles

y la toca de encaje está llena de huecos. Aquí se está engordando y recobrando el color. Es mejor que se la lleven a otro lado, antes de que nos llamen traidores.”

El viento brinca en las noches con la violencia de los temores, trae mensajes, voces viejas y voces nuevas, largos quejidos. La condesa está triste y espera sentencia. La condesa fue buena, piedad para las mentiras. Dios dé salud a la condesa, ya para qué. A nosotros también nos llegará la hora, a todos nos llega. La condesa irá al cielo, pero ¿nosotros?, ¿qué será de nosotros? Hay que vivir conforme al tiempo. Ahora es invierno para todos, aunque brille el sol. Si tuviéramos mando, podríamos hablar de conciencia. Tal vez, si la fusilan, le podamos hacer un lindo entierro, con flores y llantos.

“Hay que deshacerse de la condesa lo antes posible. Es una vieja que chochea, ni siquiera habla, pero nos hace un daño tremendo. El pueblo la quiere, eso es un hecho innegable. La admira, sabe que ella lo ha dado todo. Ahora tiene vergüenza, siente que peca con sólo hablar de ella. Por otra parte, no han aceptado los impuestos, rehúsan pagar tributos, no hay voluntarios para el ejército. La condesa hace que no entiendan la revolución. Ella dio y dio sin exigir nada, es un pésimo ejemplo. En este estado de cosas, extravagante y loco como ella, es imposible implantar los sistemas del nuevo gobierno. La condesa es una consigna que los puede levantar contra nosotros.”

Amaneció aquel día más temprano que nunca. Los cartelones estaban listos, así como el orden del desfile, las cámaras, las grabadoras y los periodistas. Los títulos se escribieron de antemano, la pura verdad es que los títulos han antecedido los más grandes sucesos, aun la génesis era génesis antes de la creación del mundo. HOY NACIO LA LIBERTAD EN ESTE

## PUEBLO. LA REVOLUCION TRIUNFA Y HACE JUSTICIA. AQUI SE ACABO LA TIRANIA.

Dicen que estuvo muy serena, sonriente, quizás no entendió lo que estaba pasando. Una dama, como ella, no podía perder la compostura. Nadie sabe para quién hace las cosas, fue allá, al inicio del bosque, por donde caminaba con su padre.

*Padre, padre mío, mi querido papá, yo quiero ser una enredadera que no salga de la tierra, nazca del aire, no necesite apoyo, y dé flores y frutas a lo largo del año.*

*Madre, madre mía, mi querida mamá, tu distancia de silencio es una música que nos lleva a bailar juntas. Tampoco quise a nadie, sólo a mí misma, a tus muñecas, al padre que nunca nos entendió, a ti que te llevaste mi vida. A los otros los odié amándolos y ellos me han amado odiándome.*

No gritó, no lloró, no rezó, quizás no se dio cuenta. Fue mejor así. Dicen que no cayó al primer grito de fuego, en el segundo se fue muy despacio, tal como si se hubiera desvanecido. Dicen que admitió todos los cargos y les dio las gracias por su generosidad. Dicen que pidió para su última cena sólo un te de las hojas de yerbabuena que crecen en el jardín de su casa. Dicen que únicamente preguntó si habían conocido a sus padres. Dicen que un halo de mariposas le revoloteaba sobre la cabeza. Dicen que no admitió un pañuelo ni cerró los ojos. Ya estaba loca, caduca, una vieja de tripas livianas con los huesos encogidos.

A las nueve el pueblo entero sigue el desfile y las cámaras captan los detalles. Un rótulo dice: "Ha muerto la esclavitud". "El vicio y la ignominia se entierran

ahora". "No la perdonaremos nunca: malvada y perversa". "Al infierno la condesa".

El desfile se desordena, muchos quieren ir adelante para que el Comisario los vea y lea los cartelones. El hoy somos libres, se lleva nuestro odio, explotó el hambre y la miseria, muera el egoísmo, viva la revolución . . .

Y las lágrimas no se ven, hay que reír y gritar, la conciencia no se exhibe, es algo íntimo, un tesoro escondido.

Las cámaras cuentan la historia, el yo lo viví y el yo lo vi. Y las cámaras no enfocan el cartelón que lleva un niño, un niño que llora como los demás: "¿Para qué matar a la condesa?"

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 REGISTRO DE LA PROPIEDAD  
 CIENTIFICA, ARTISTICA Y LITERARIA  
 SAN JOSE, COSTA RICA

	Pág.
<i>Hoy es un largo día</i> .....	7
<i>El viaje y los viajes</i> .....	17
<i>El trote de siempre</i> .....	28
<i>La soberanía y el soberano</i> .....	38
<i>El de las cuatro</i> .....	48
<i>La ciudad sitiada</i> .....	52
<i>Orgía sobre un arabesco</i> .....	61
<i>El truco florido</i> .....	72
<i>Metástasis</i> .....	77
<i>¿Por dónde está la salida?</i> .....	84
<i>Retrato al estilo Chagall</i> .....	90
<i>Preatmósfera</i> .....	97
<i>¿Para qué matar a la Condesa?</i> .....	105



13 FEB. 1986

Este libro se imprimió en los talleres gráficos de TREJOS HERMANOS en junio de 1974. Su edición fue aprobada en sesión N° 563 del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica, consta de 4000 ejemplares en papel bond de 20 libras con forro de cartulina barnizada, y estuvo al cuidado de Cecilia Trejos Calleja. Diseñó la portada Alberto Merino.

13 FEB. 1986



**Carmen Naranjo** obtuvo con este conjunto de cuentos, "Hoy es un largo día", el PREMIO EDITORIAL COSTA RICA, 1973, habiendo el Jurado escogido su libro de entre más de treinta obras presentadas al certamen. La escritora así galardonada ha añadido un lauro más a otras distinciones anteriormente recibidas, por sus novelas **Los perros no ladraron** (Premio Aquileo Echeverría, de nuestro sello editorial, recientemente reeditada) y **Diario de una multitud**, que obtuvo mención honorífica en concurso centroamericano del CSUCA, y actualmente en prensa.

Después de haber publicado también valiosa obra de poesía, en su incursión por el género de cuento, donde por cierto irrumpen a menudo ráfagas poéticas, tan afines al género, Carmen Naranjo cuentista se muestra en la plenitud de una técnica moderna y sugerente, pionera de innovadoras maneras narrativas y siempre sagaz y muy humana.

Oriunda de Cartago, graduada de la Universidad de Costa Rica en lingüística y con estudios de post-graduada en universidades norteamericanas, a su personalidad literaria ya tan bien conocida y cimentada une la autora categoría de mujer altamente destacada en otros campos: ha sido Gerente Administrativa de la Caja Costarricense del Seguro Social, Embajadora de Costa Rica en Israel, y en la actualidad desempeña con diestra mano y acertadas miras el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

